

La Ilustración Artística

AÑO XXII

BARCELONA 21 DE DICIEMBRE DE 1903

NÚM. 1.147

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

ADVERTENCIA

Con el presente número repartimos á los señores suscriptores de la BIBLIOTECA UNIVERSAL el tercero y último tomo de la serie de 1903 que es la hermosa novela de Juan Fid LA ENEMIGA, traducida por F. Sarmiento é ilustrada con multitud de dibujos de Tofani. El tomo lleva una lujosa encuadernación alegórica.



LA HUIDA A EGIPTO

cuadro de Arcadio Mas y Fondevila (propiedad de D. José Monegal)

ADVERTENCIAS

El próximo número de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, con que inauguramos la serie de 1904, será extraordinario, no sólo por el mayor número de páginas, sino además por sus condiciones materiales y por la calidad de los originales artísticos y literarios que contiene. En él se publican artículos de eminentes literatos y composiciones, algunas en color, de nuestros artistas más notables, y por el interés y variedad de su texto, así como por la importancia de las ilustraciones, estamos seguros de que ha de satisfacer por completo a nuestros suscriptores.

El número va impreso en papel «couché» y lleva una artística cubierta en colores.

HOMENAJE AL POETA

D. RAMÓN DE CAMPOAMOR

Con el presente número repartimos a los señores suscriptores a la BIBLIOTECA UNIVERSAL el pliego vigésimo séptimo y último de la edición de gran lujo de las DOLORAS, de Campoamor.

SUMARIO

Texto. — *La vida contemporánea*, por Emilia Pardo Bazán. — *Los árboles del Nacimiento*, por Alfonso Pérez Nieva. — *La enfermedad del sueño*, por F. de Zeltner. — *S. M. el rey D. Alfonso XIII en Portugal*. — *Nuestros grabados*. — *Miscelánea*. — *Problema de ajedrez*. — *El baile de los dos viejos*, cuento, por Charles Foley. — *El Atlántico en un bote*.
Grabados. — *La huida a Egipto*, cuadro de Arcadio Mas y Fondevila. — Dibujo de Carlos Vázquez que ilustra el artículo *Los árboles del Nacimiento*. — *Negra* en el último período de la enfermedad del sueño. — Examen de la sangre de un individuo atacado de dicha enfermedad. — Grupo de negros atacados de la repetida enfermedad. — *La mosca tsétsé (Glossina morsitans)*. — *El Trypanosoma ugandense*. — *Células del líquido céfaloraquídeo*. — *S. M. el rey D. Alfonso XIII de España*. — *S. M. el rey D. Carlos I de Portugal*. — *Lisboa. El palacio de Belén, en donde se hospeda S. M. D. Alfonso XIII*. — Carrozas que han figurado en el cortejo de D. Alfonso XIII a su entrada en Lisboa y vistas fotográficas de algunas calles y festejos. — *S. M. la reina doña María Amelia de Portugal*. — *S. M. la reina madre doña María Pia de Portugal*. — *S. A. R. el príncipe heredero don Luis Felipe de Portugal*. — *S. A. el infante D. Manuel M.^a de Portugal*. — *El sueño de la Virgen*, cuadro de Eduardo Paupion. — *Herberto Spencer*. — Dibujos de Simont que ilustran el cuento *El baile de los dos viejos*. — M. Luis Eisenbraun en su dory *Columbia II*. — *El dory Columbia II* en el puerto de Málaga. — *La Virgen y el Niño de la Granada*, cuadros de Botticelli.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Hace dos días trajeron los periódicos la escueta noticia del suicidio de un capitán de ingenieros joven aún, persona conocida en los círculos de la buena sociedad, que solía frecuentar, aun cuando no fuese de esos que, como dicen, «están en todas partes.» Su resolución de morir era tan redonda, que se disparó cinco tiros seguidos en la cabeza; los cuatro primeros no hicieron blanco — tal vez por involuntario temblor de la mano que oprimía el gatillo, — pero al quinto la bala traspasó el cerebro y salió, dejando al desesperado un resto de vida, extinto a las pocas horas.

Nadie sabe ni aun sospecha las causas que pudieron impulsarle. No tenía vicios: era morigerado: no se le conocían pasiones: ninguna de las grandes luchas humanas le había atraído. Su carácter aparecía sellado por una melancolía mansa y una dulzura modesta. No era esclavo del interés ni de la vanidad, y se le podían atribuir dos cualidades muy simpáticas: la mesura y el pundonor. Entre el grupo de «muchachos» que encontramos durante el invierno casi una vez al día en el paseo, en el teatro ó en las reuniones, se distinguía por atento y respetuoso con las mujeres, por enemigo de exhibirse; se retiraba discretamente, sin ruido; no se imponía, y la frase usual para designarle era: «¡Qué buen chico!» Algunos añadían: «Sosito, pero excelente.»

* * *

Dijérase que en el cuadro de su vida no podía encerrarse el drama. Sin embargo, el drama llegó;

hablo del drama moral, tan profundamente cruel, que precede a ciertos suicidios. Ignoro si otro drama en los hechos externos correspondió a la triste evolución interior. Es probable que no se averigüe jamás, y que si algunas personas lo saben, guarden esa religión del secreto que es el último homenaje a la memoria de un desventurado. Cuéntase que el suicida, sin explicar los móviles de su acción, dejó escrito un concepto sepiario: «He estado loco toda mi vida, y me mato por eso.»

¡Loco toda la vida! Sí, hay horas y momentos en que el hombre repasa su existencia entera y la juzga de una sola ojeada, a la luz de una hoguera ó de un relámpago. Sus ilusiones y sus ensueños — esa tela de la cual según Shakespeare está tejida la vida humana — se le figuran entonces acceso de prolongadísima fiebre, sufrido desde la cuna y conocido sólo al borde del sepulcro. ¡Qué! ¡Todo cuanto parecía razón poderosa y única de permanecer en el mundo, era mentira, era espejismo falso, era, en suma, demencial «He estado loco toda la vida...» Confesión de tan terrible amargura es sin duda la fórmula de las grandes desesperaciones incurables, y mejor que un relato largo y circunstanciado, explica el estado de alma que determina actos como el de ese joven infeliz...

Y la gente, atónita como siempre que debajo de las ropas ve funcionar el mecanismo de un corazón torturado, comenta el hecho con más asombro que pena. «¡Si yo le vi anteayer!» «¡Si le encontré en la calle de Alcalá no haré quince días!» «¡Si hablaba como de costumbre!» «No, yo le noté algo descuidado... Parecía que no se había afeitado y llevaba la corbata mal puesta.» Breve recuerdo, algunas palabras de simpatía... y se acabó: el círculo abierto en el agua por la leve caída de una arena se cierra con rapidez. El olvido llega desde el primer instante, entre el remolino y el hervidero de los sucesos frívolos ó graves que se escalonan en una sola jornada en la corte.

Sin duda es terrible el momento en que, voluntariamente, el hombre extingue la llama de su vida; pero al cabo, es un momento. La gestación del suicidio en la mente: he ahí lo infinito del dolor. No han estudiado bien los psicólogos fenómeno tal, acaso por falta de datos y por el hosco silencio y reserva que ciertos pensamientos determinan. De los novelistas modernos, tal vez sea Eduardo Rod quien con más lucidez analiza los prodromos de la enfermedad del suicidio. Y a fuer de analista concienzudo y delicado, Rod reconoce la alternativa de momentos negrísimo, infernales, y momentos en que la idea de cerrar los ojos y reposar produce una especie de placer extraño y hondo. Las apreciaciones de Rod las he visto confirmadas por las confidencias de una pobre muchacha que casi puede decirse que regresó del otro mundo, salvándose por casualidad de una muerte muy bien dispuesta. Confidencias que no se olvidan nunca, porque sangran verdad.

* * *

Cosas menos tristes: la cuestión de los sombreros en el teatro. Voto y he votado siempre en contra de mi sexo... y de los sombrereros, cuya industria será todo lo respetable que se quiera, pero no debe ser antepuesta a la comodidad y a los derechos del público. No concibo que las señoras se resistan a medidas tan lógicas y justificadas como la que adoptó el Sr. Lacierva y que, con transacciones que no apruebo, va sosteniendo el conde de San Luis. Transacción es la distinción entre conciertos y espectáculos, porque en los conciertos toman parte a veces masas corales, y puede interesar ver el rostro de las artistas. Además, en estas cuestiones en que hay mar de fondo y se hace presión sobre los que establecen una disposición acertada, nunca se debe ceder: la primer concesión es un compromiso adquirido y una puerta abierta al restablecimiento del abuso. Cuando hayan transcurrido dos años de concurrir al teatro sin sombrero, como se hace en Francia y en todas partes, ya a ninguna señora ni a ningún comerciante en pamelas se les ocurrirá reclamar. Siempre que se ha construido un ferrocarril, han chillado los galereros, los carromateros, los mesoneros, y sin embargo, ¡adelante con la vía férrea!

* * *

El pensamiento del centenario de Cervantes ha prendido como en yesca la llama; a esta clase de movimientos colectivos, de entusiasmo y fiesta, está

siempre bien preparada la opinión española. No nos obliguen a reflexionar ni a definir: aplaudir sí, aunque ignoremos lo que nos impulsa al aplauso. El Centenario traerá consigo un derroche de luminarias, percalina, músicas y fanfarrias; pero si se quiere que deje un rastro de cultura, un surco de regeneración, convendrá que Cervantes y su obra sean, después de los festejos, admirados más a conciencia. En el culto de los grandes hombres no concibo la fe del carbonero, sino el *racional obsequio* que sabe por qué y cómo eleva al pie del altar su oración.

El examen razonado de Cervantes es tanto más útil, cuanto que al estudiarle estudiamos varios aspectos de nuestra raza y nos reconocemos en él con nuestras cualidades y nuestros defectos. Yo no lo puedo remediar: tengo siempre miedo, aquí, al exceso de las apoteosis; tengo miedo a los genios convertidos en santos y en profetas (recuérdese el caso de Cristóbal Colón) y a esas corrientes de elogio incondicional y desmedido, en las cuales nos bañamos como en agua de rosas, declarando, al salir del baño, que el pueblo que ha producido a Cervantes es, en toda ocasión, el primer pueblo del mundo, y que Cervantes es, en el mundo, el primer escritor de cuantos produjeron los siglos.

* * *

Cervantes es muy grande: es sin género de duda nuestro *genio* literario nacional: está más arriba que la famosa trinidad dramática de Calderón, Lope y Tirso: está más arriba (por su plenitud de humanidad, no ciertamente por su perfección) que los Luises y Santa Teresa. Celebrar a Cervantes parece de perlas; pero en forma *didáctica*, es decir, sacrificando el ruido a las nueces, y procurando que el Centenario infunda en la multitud de los que a Cervantes no conocen, y aun de los que creen conocerle, una idea más clara de lo que fué el Manco y de lo que valen y representan, en el mapa del espíritu, las tierras por él conquistadas.

* * *

Y debe propagarse también, resueltamente (por que es una firme regla de cultura), la convicción de que a Cervantes y a todo genio cabe *criticarlo*, es decir, hacer su crítica, medir sus proporciones, contrastar sus quilates, señalar los límites de su influjo y su puesto entre la pléyade de genios que produjo la humanidad y que produjo España misma. Yo le creo el mayor de los nuestros; descuello, no cabe duda, sobre todos; mas no por eso considero enteramente justificado que sea el único que ha trastornado las cabezas y determinado ese curioso fenómeno que se llama *cervantismo*, y menos la forma de absoluta adoración que reviste. El dogma de la infalibilidad de Cervantes no puede sostenerse, y cae por su base solamente con revisar a Clemencin. Es preciso que, desde afuera, no se crea que alzamos un ídolo, sino que elevamos, sabiendo la razón, un altar a un genio. Y para esto, convendría empezar ya a explicar a Cervantes y su obra en ateneos, aulas y conferencias populares.

* * *

A propósito, recuerdo un incidente que me refería anteayer D. Juan Valera. Decíame el autor de *Pepita Jiménez* que el Sr. Fitzmaurice Kelly, inglés historiador de nuestras letras, ha emprendido una traducción y no sé si comentario de *Férsiles y Segismunda*. Adelantada ya su labor, el Sr. Fitzmaurice escribió a Valera, confesándole que no podía soportar la lectura de esta obra de Cervantes. Valera le contestó: «A mí me sucede exactamente lo mismo.»

Ahora bien: es más claro que la luz que Fitzmaurice se puso a traducir *Férsiles* sin conocerlo, movido por el supuesto de que en siendo fruto del ingenio de Cervantes tenía que merecer, no traducciones, loores en cualquier idioma. — Ahí se demuestra cómo el tributo de admiración requiere ojos, cómo en Cervantes hay que discretar y distinguir muchísimo, cómo el primer elemento de una consagración es el examen, cómo Cervantes (ahora, primer síntoma lamentable, dan en llamarle *don Miguel*) será mejor venerado si llega a ser mejor comprendido, y si de él, sin miedo ni falsos respetos, apartamos del barro el oro.

EMILIA PARDO BAZÁN.



LOS ÁRBOLES DEL NACIMIENTO

I

Un zaquizamí desmantelado en el último piso de una casa de vecindad, á teja vana, constituido por dos piezas abuhardilladas. En la primera, á la que se abre la puerta del corredor, dos sillas desvencijadas y una mesita de pino ya sin pintura, sobre la que descansa un Nacimiento con mucha nieve en las cimas y un reluciente arroyo de cristal. En la segunda habitación, un jergón y un colchón en el suelo, de los que sólo se distingue un costado, oculto el resto por una mísera cortina de lana vieja. Un boquete con honores de cocina completa las estancias de aquella vivienda del hambre. Por el tragaluz de vidrios rotos penetra la débil claridad del día naciendo y el cierzo de la mañana invernal. El matrimonio que allí se aloja cambia sus impresiones de pie ante el peñasco.

MARIDO. — La verdad es que tuviste una gran idea, Petra. ¡Sin ella no sé qué sería de nosotros á estas horas! Y creo que me ha resultado bien.

MUJER. — ¡Divinamente! Tú aprendiste á modelar en la Escuela de Artes é Industrias, y no es por alabarte, pero en tu oficio de estuchista no hay manos como las tuyas. Ya lo has visto; en cuanto el Sr. Tomás, el del puesto, le echó el ojo el día que le dijiste que lo estabas haciendo, no aguardó á que se lo ofrecieras. «¡Este me quedo yo con él!»

MARIDO. — ¡Pero mira que darlo en tres duros! Lo menos le saca doce.

MUJER. — ¡Peor hubiera sido que no lo hubieras vendido! Un mes llevas de paro en el oficio, hemos empeñado hasta la última prenda, conque contentémonos con esos sesenta reales que nos llueven del cielo.

MARIDO. — ¡Pero siquiera cinco duros! Le debemos cuatro meses al casero; pagándole dos, nos quedaban tres para echarnos un remiendo.

MUJER. — Pues le pagaremos dos, y como verá nuestra buena voluntad y aunque es una roca, un tirano, se aguardará para cobrar el resto y todavía dispondremos de un duro. ¡No te quejes, Pepe; porque después de todo, ya ves que Dios no nos abandona!

MARIDO. — ¿Y qué vamos á hacer con un duro?

MUJER. — ¡Lo estiraremos hasta donde se pueda! Lo principal es que ese hombre no nos ponga en la calle. ¡Ya viste lo que nos dijo la última vez que vino! ¿Cuándo acabas la obra?

MARIDO. — Hoy pienso darle la última mano. Ya la tengo casi concluída.

MUJER. — ¿Cuándo quedó en volver el casero?

MARIDO. — Pasado mañana.

MUJER. — Pues entonces al avío. Voy á encender la lumbre y á calentar la cola.

El marido requiere de un rincón el bote del engrudo, mientras la mujer coge la lata de la cola, y en estas se oye detrás de la cortina una voccecita fina de niño, que grita al despertarse: «¡Madre! ¡Madre!»

MARIDO. — ¡Temprano empieza hoy!

MUJER. — ¡Voy, hombre, voy! ¡Pues no tienes poca prisa! ¡Ni que fueras uno de esos marqueses que se echan de la cama mandando!

II

El marido de pie delante del peñasco, completando su obra, pega por aquí, pega por allá, ya un arbolillo, ya una casita, ora ensanchando un poco el curso de cristal del río, ora nevando una cima sobre la que no había caído ni un copo. A su lado, empujándose, la alegría de la buhardilla, la única compensación á la miseria de aquel matrimonio joven, un niño de cuatro años palidito y anémico, de cara triste por la que pasa como un rayo de sol de invierno una sonrisa de satisfacción examinando el Nacimiento. El chiquillo no cesa de moverse, da vueltas alrededor de la mesa y se empina de cuando en cuando.

MARIDO. — ¿Pero te estarás quieto en alguna parte, hombre?

NIÑO. — ¡Qué gande y qué bonito es, pade! Y es pa mí, ¿verdá?

MARIDO. — ¡Sí, hombre, sí! ¿Pues para quién había de ser? (Pronunciando estas palabras con cierta amargura.)

NIÑO. — Y esa casa tan vieja que no tie techo, ¿qué es?

MARIDO. — El portal de Belén. Ahí nació desnudo el niño Jesús.

NIÑO. — ¡Anda y con lo que había nevao! Pade, ¿y éstos son árboles de veras?

MARIDO (sin suspender su tarea). — ¿Pues no lo ves?

NIÑO. — ¿Pero por qué no hay también árboles ahí arriba?

MARIDO. — ¿Entre la nieve? ¿Y con hojas?

NIÑO. — Estarían mejor. ¡Anda, ponlos!

MARIDO. — ¡Vamos! No hables tanto, que me interrumpes.

NIÑO (con la tenacidad infantil). — Pues ponlos. ¡Y si no yo los poneré cuando juegue con el Nacimiento!

MARIDO. — ¡Bueno! ¡Tú los pondrás!.. ¡Qué mala cara tienes!

NIÑO. — ¿Y quién ha hecho ese río, pade?

MARIDO. — Yo.

NIÑO. — ¡Anda, cómo te habrás mojado los dedos!

MARIDO. — ¡Pero si es de cristal, tonto!

NIÑO. — Pade... ¡Yo queriba pintar también como tú!

MARIDO. — ¡Buena la íbamos á hacer!

La madre sale del boquete de la cocina, sin duda atraída por la charla del muchacho, y aproximándose á él practica las dos operaciones de todas las madres pobres, darle un beso con toda su alma y limpiarle las narices con un pico de su delantal.

MUJER. — ¡Calla, charlatán, que ya te estoy oyendo y no dejas trabajar á tu padre!

NIÑO (tirando del delantal de su madre). — ¡Mila, made, mila! ¡Y es pa mí!

MUJER. — ¿Cómo para ti?

MARIDO (atajándola). — Dile que sí. Ya lo sacaremos sin que él lo vea.

MUJER (súbitamente apenada y tragándose su angustia). — ¡Pues ya lo creo, gloria! Pepe, me parece que te falta mucho todavía y la luz del día se acaba.

MARIDO. — No. Cuatro toques. Antes de que anochezca lo termino y durante la noche se seca. Mañana por la tarde en poder del Sr. Tomás.

III

La desolación más espantosa en la buhardilla. El niño se muere, y se muere en esa etapa de alegría desbordadora para los niños, próxima la Nochebuena. ¡La Nochebuena traída por la muerte! Tendido en el misérrimo colchón, bajo los harapos del cobertor asoma la cabeza inmóvil, de plomo, lívida en las sienes y roja en las mejillas. La madre llora, postrada sobre la cama; el padre permanece de pie, aterrado. El médico de la casa de socorro, llamado á toda prisa, pronunció, apenas visto el rapazuelo, la terrible sentencia. Una perniciosa con tendencia á la meningitis. Por fórmula recetó algo y se fué, asegurando que no duraría veinticuatro horas.

MUJER (sollozando). — ¡Hijo de mi alma! ¡Encanto de mi vida! ¡Abre los ojos, mírame! ¿No me oyes? (Dirigiéndose á su marido.) ¡Pepe! ¡Pepe! ¡Se nos va!

MARIDO (pugnando por contener las lágrimas). — ¡Ha sido un rayo esa calentura! Pero ¿cómo ha podido cogerla? ¿Dónde?

Un instante de pausa dolorosa, impuesta por el anonadamiento que interrumpe un movimiento del enfermito. El niño abre los ojos, parece que quiere incorporarse. Su madre abalanzándose á él le ayuda, y de los labios morados sale trabajosamente una palabra y un deseo.

NIÑO (balbuceando). — ¡Mi... mi Nacimiento!

Reclama lo suyo, lo prometido. En aquel cerebro próximo á apagarse para siempre flota esa última idea del juguete, la predominante en el pensamiento de todos los niños. Los dos padres comprenden en el acto, la madre la primera.

MUJER. — ¡Tráeselo!

MARIDO (precipitándose á la otra habitación). — ¡Ahora mismo!

Vuelve en seguida con el peñasco, que á duras penas ha cabido por la puerta de la alcoba, y lo coloca sobre el colchón al alcance del niño, que se sonríe y con ávida mano intenta coger una de las ramas de pino en funciones de árbol. La madre, ¡siempre la madre la primeral, adivina el infantil deseo. El niño no se ha olvidado de su capricho.

MUJER. — ¡Quiere poner los árboles en la nieve! (Desolada.) ¡No puede!

MARIDO. — ¡Yo se los pondré!

El casero, el desahucio, los tres duros, el respiro de los sesenta reales, su miseria atajada un día, todo se borra de la memoria de ambos padres, y en un instante es destrozado el peñasco, no queda un árbol en las laderas, arrancados de cuajo, y la selva entera agujerea las montañas nevadas, casi deshaciéndolas bajo la mirada vaga del rapaz. De pronto cae de espaldas en la cama.

MUJER (dando un alarido y echándose á la vez que su marido sobre el niño). — ¡Hijo mío!

IV

Un ángel cruza el espacio conduciendo en sus brazos un niño de cuatro años que lleva en su mano derecha una ramita de pino. No pudo colocarla en las montañas de los Nacimientos de la tierra y va á plantarla en los de la gloria.

ALFONSO PÉREZ NIEVA.

(Dibujo de Carlos Vázquez.)

LA ENFERMEDAD DEL SUEÑO

Recientes trabajos acaban de atraer nuevamente la atención sobre la enfermedad del sueño, acerca

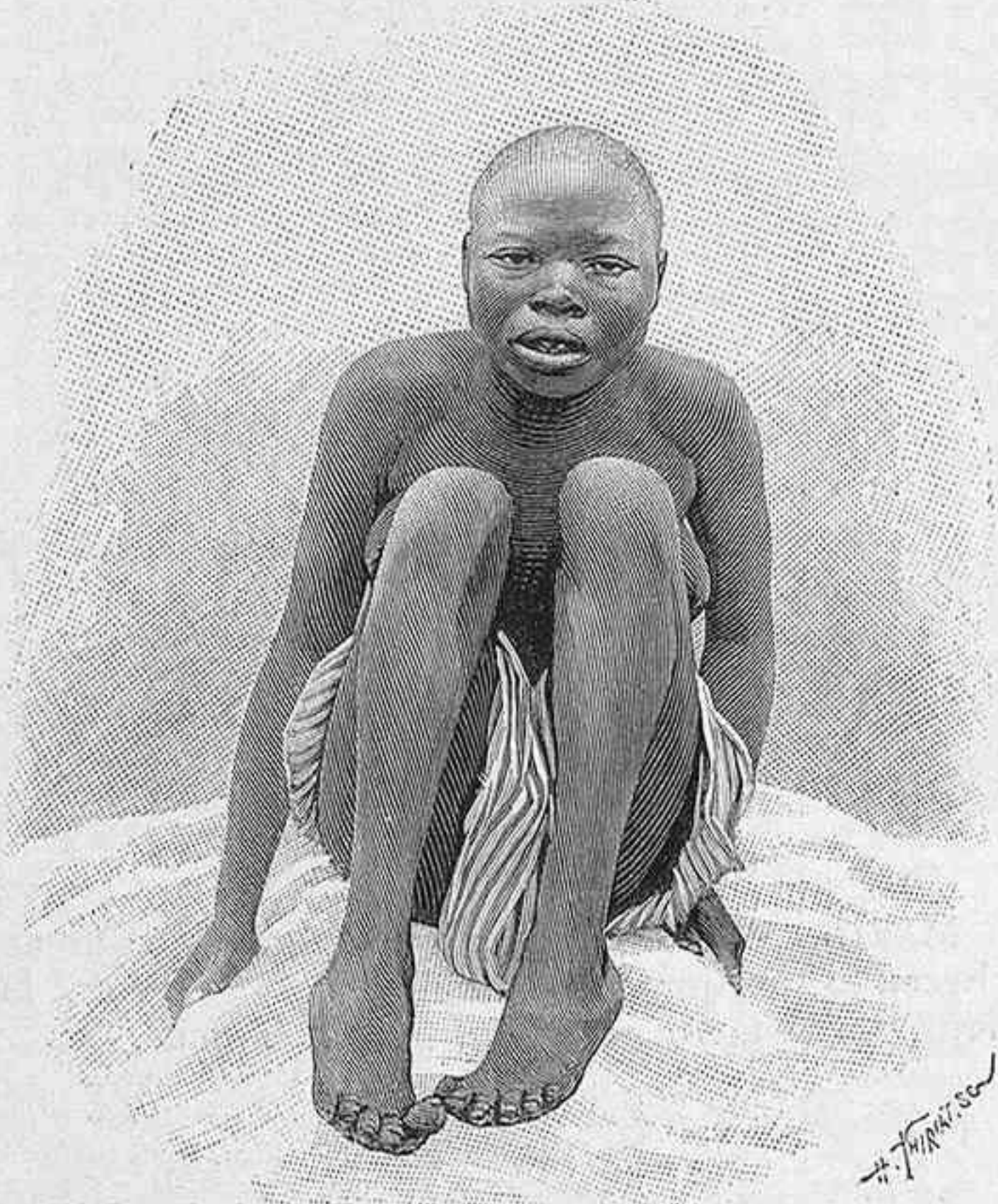


Fig. 1. - Negra en el último período de la enfermedad del sueño

de la cual se han hecho varios estudios en su país de origen á fin de determinar su naturaleza, su modo de propagación y la extensión de sus estragos. No es exagerado decir que las naciones civilizadas se encuentran en presencia de un azote que opondrá una fuerte barrera á la obra colonizadora de Africa.

¿Cuál es, pues, esta enfermedad cuyos efectos son tan terribles? Es una meningitis cerebro-espinal que en vez de ser producida por el bacilo de la tuberculosis ó por el meningococo, que son microbios, es decir, algas, reconoce por causa un animal protozoario, el *Trypanosoma ugandense* (fig. 5, página 834).

La enfermedad del sueño presenta siempre los mismos síntomas: el enfermo pierde poco á poco animación, se pone triste, le gusta aislarse, deja de hablar espontáneamente, sus párpados se cierran involuntariamente y para tenerlos abiertos ha de hacer un esfuerzo que le arruga la frente; la soñolencia es casi constante, aunque muy ligera, y basta llamar al enfermo para que se despierte; pero paulatinamente el estado general se agrava, las funciones se realizan mal, el sueño es cada vez más pro-

grandes conquistas europeas en Africa, el interior del continente, dividido en una infinidad de pequeños reinos, vivía en la anarquía más completa y en un estado de guerra continuo, y las relaciones normales y regulares de tribu á tribu eran, por consiguiente, rarísimas. Esta circunstancia impidió que las personas contaminadas por la enfermedad del sueño fuesen á llevar lejos los gérmenes de esta calamidad. Cuando los europeos hubieron penetrado en Africa, pusieron de acuerdo á los reyezuelos in-

ataca á los árabes y no respeta á los europeos y en que, por consiguiente, no hay inmunidad de raza.

Si la enfermedad del sueño es bastante conocida en cuanto á sus características más generales y á su zona, no sucede lo mismo con su modo de propagarse, respecto de lo cual se han emitido varias hipótesis. De todos modos, vamos á exponer los resultados de una misión enviada al Africa por el ministerio de Instrucción Pública de Francia y por el Instituto de Medicina Colonial. El Dr. Brumpt,



Fig. 3. - Negros atacados de la enfermedad del sueño

dígenas sojuzgándolos é impidieron las guerras locales que contrariaban sus proyectos económicos, haciendo casi imposibles el comercio y la agricultura. Así es que cuando reinó la paz, más ó menos completa, en extensas regiones, cuando los negros pudieron circular por éstas, la enfermedad pudo propagarse sin dificultades: las emigraciones, á que tan aficionados son los pueblos primitivos, la llevaron al corazón del Africa y tuvieron por resultado la invasión progresiva de todos los países habitados por los negros. La región de Loango, las orillas derecha é izquierda del Congo hasta la factoría belga de Nueva Amberes, y las del Ubanghi, hasta la altura de Banghi, pueden ser consideradas como fo-

preparador del profesor R. Blanchard, había recogido gran número de documentos sobre este asunto en el curso de una misión anterior que, dirigida por el vizconde de Bourg de Bozas, había atravesado el Africa, desde Djibouti al Congo. De sus observaciones resulta que el único agente de transmisión que puede ser en realidad inculcado es la mosca *tsetse*, la *Glossina morsitans* (fig. 4, pág. 834), tan común desde el Nilo hasta la desembocadura del Congo. En América, en las Antillas, adonde ha sido transportada la enfermedad del sueño, no ha podido ésta aclimatarse á pesar del gran número de insectos picadores, porque entre éstos no está la *tsetse*.

En ciertas regiones se trata á los enfermos extirpándoles ciertos ganglios que se hipertrofian; pero este tratamiento no ha sido todavía experimentalmente comprobado. Durante la mayor parte del tiempo, el enfermo continúa su género de vida hasta el momento en que ya no sale de su soñolencia y lentamente se extingue en el seno de su familia. Más dichosos son los que están cuidados en los hospitales pertenecientes á la administración ó á los misioneros. Las figuras 2 y 3 representan dos grupos de enfermos de estos: en el primero, el doctor Brumpt y el Dr. Trautmann, jefe del servicio de Sanidad en Brazzaville, hacen la punción á un enfermo para comprobar la presencia del *Trypanosoma*: en el segundo se ve un joven enfermo que se ha dormido mientras le fotografiaban. Finalmente la figura 1 nos presenta á una mujer en el último grado de miseria fisiológica: la expresión estúpida de la fisonomía, el cansancio general, la indiferencia á cuanto la rodea, demuestran que á aquella infeliz le queda poco tiempo de vida.

Y he aquí explicado cómo la misión civilizadora de las naciones europeas ha dado resultados imprevistos, haciendo que se extienda de un modo formidable una enfermedad que, de no encontrarse remedio para la misma, podrá dificultar el porvenir económico del Africa. Es de esperar, sin embargo, que las investigaciones de la ciencia moderna y en especial las que realizan el Dr. Brumpt y el Dr. Wartz, del Instituto de Medicina colonial, indicarán una técnica análoga á las que permiten vencer la fiebre palúdica y la fiebre amarilla. Los tres negros, atacados de la enfermedad del sueño que el Dr. Brumpt ha llevado á París servirán de sujetos de experimentación (1); además se han ensayado ya inoculaciones en ratones, cobayas y monos, y no tardaremos en conocer el resultado de estos experimentos.

F. DE ZELTNER.

(1) Uno de ellos ha muerto ya, según han dicho los periódicos. - (N. del T.)

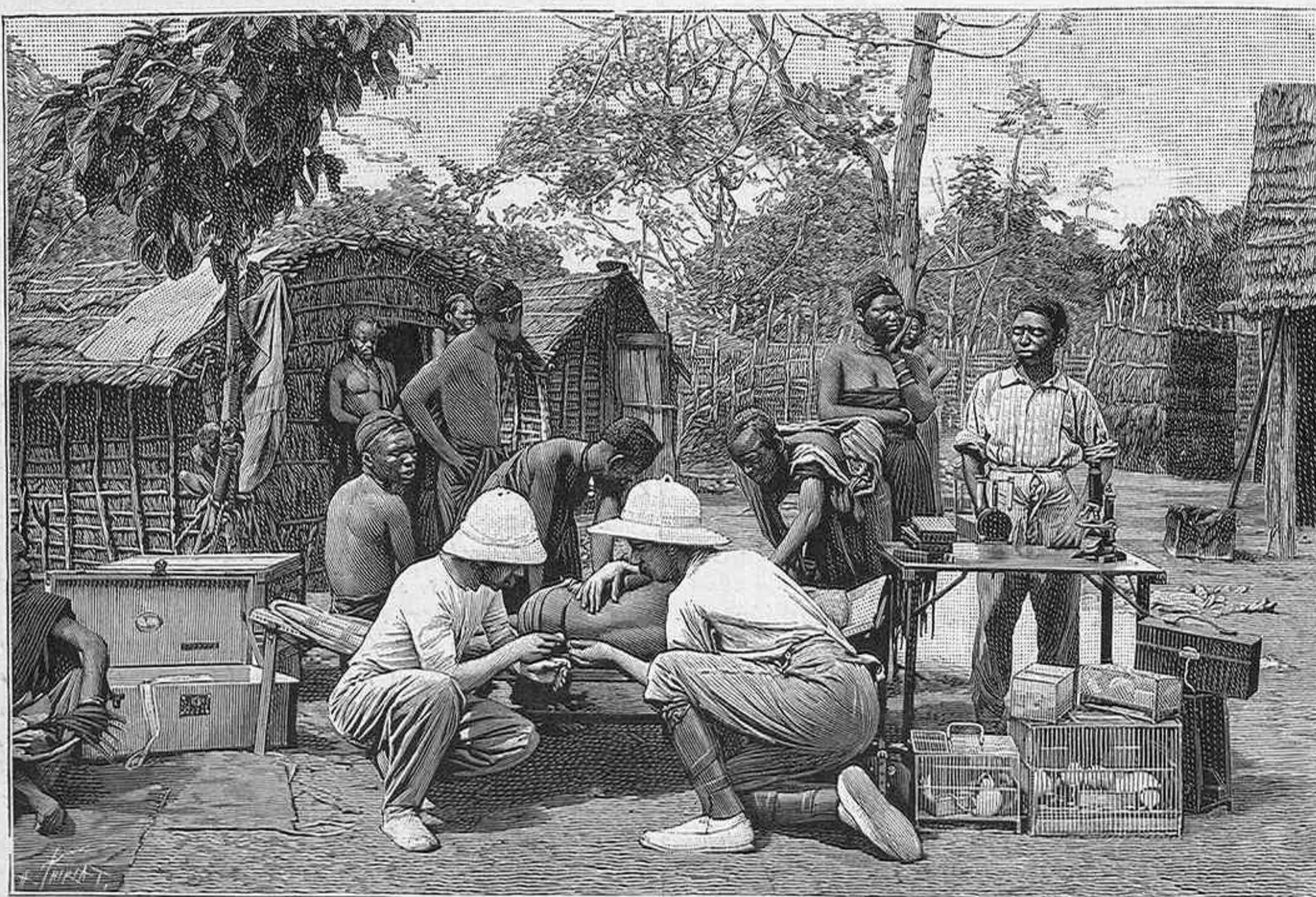
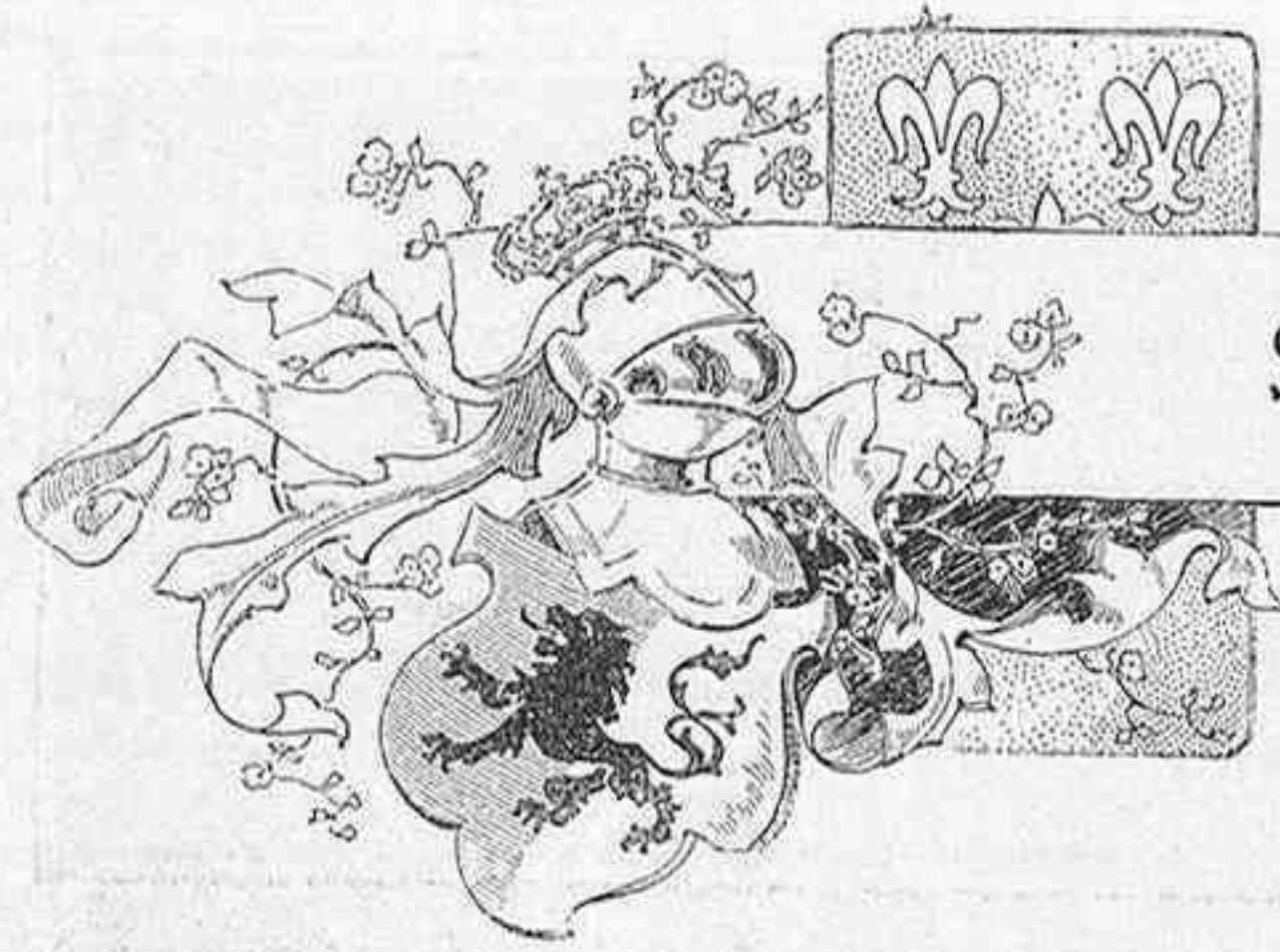


Fig. 2. - Examen de la sangre de un individuo atacado de la enfermedad del sueño

fundo y el paciente pasa de la vida á la muerte sin darse cuenta de ello.

Esta enfermedad es originaria de la costa occidental de Africa, en donde se la conoce desde hace mucho tiempo y desde donde se ha propagado por la América del Sur y por las Antillas. Antes de las

cos de infección, ya que en ellos la enfermedad era endémica. También ha remontado ésta el Kassai y llegado al Maniyema y al Uganda. El Alto Egipto está amenazado, lo propio que el Africa oriental inglesa, y nada permite prever dónde se detendrá el terrible *Trypanosoma*, desde el momento en que



S. M. el rey Don Alfonso XIII en Portugal



Uno de los medios hoy en día más eficaces para estrechar las relaciones entre los pueblos son las visitas de sus respectivos soberanos. Los jefes de

jes, aparentemente de cortesía, sean casi siempre de grandísima trascendencia, porque cada uno de ellos, cuando no sella un pacto de alianza, sirve por lo menos para señalar la existencia de corrientes de amistad y simpatía entre dos países.

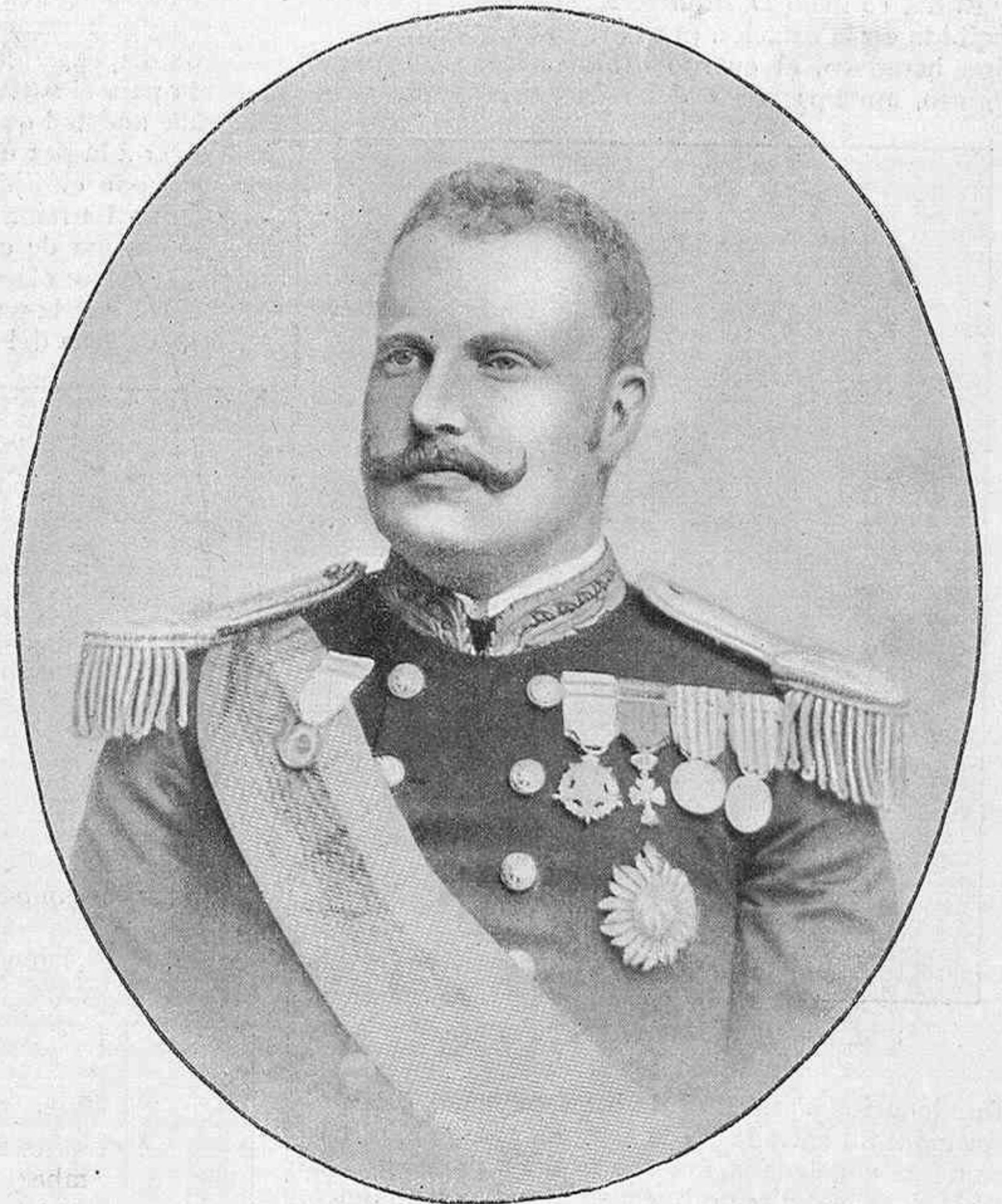
Por esta razón el viaje emprendido por D. Alfonso XIII á Portugal es merecedor de atención y de

mayores intereses, el que un día formó con nosotros la nación ibérica.

La estancia del rey de España en la capital del vecino reino ha dado ocasión á que se manifestaran de una manera elocuente los sentimientos del pue-



SU MAJESTAD EL REY D. ALFONSO XIII DE ESPAÑA



SU MAJESTAD EL REY D. CARLOS I DE PORTUGAL

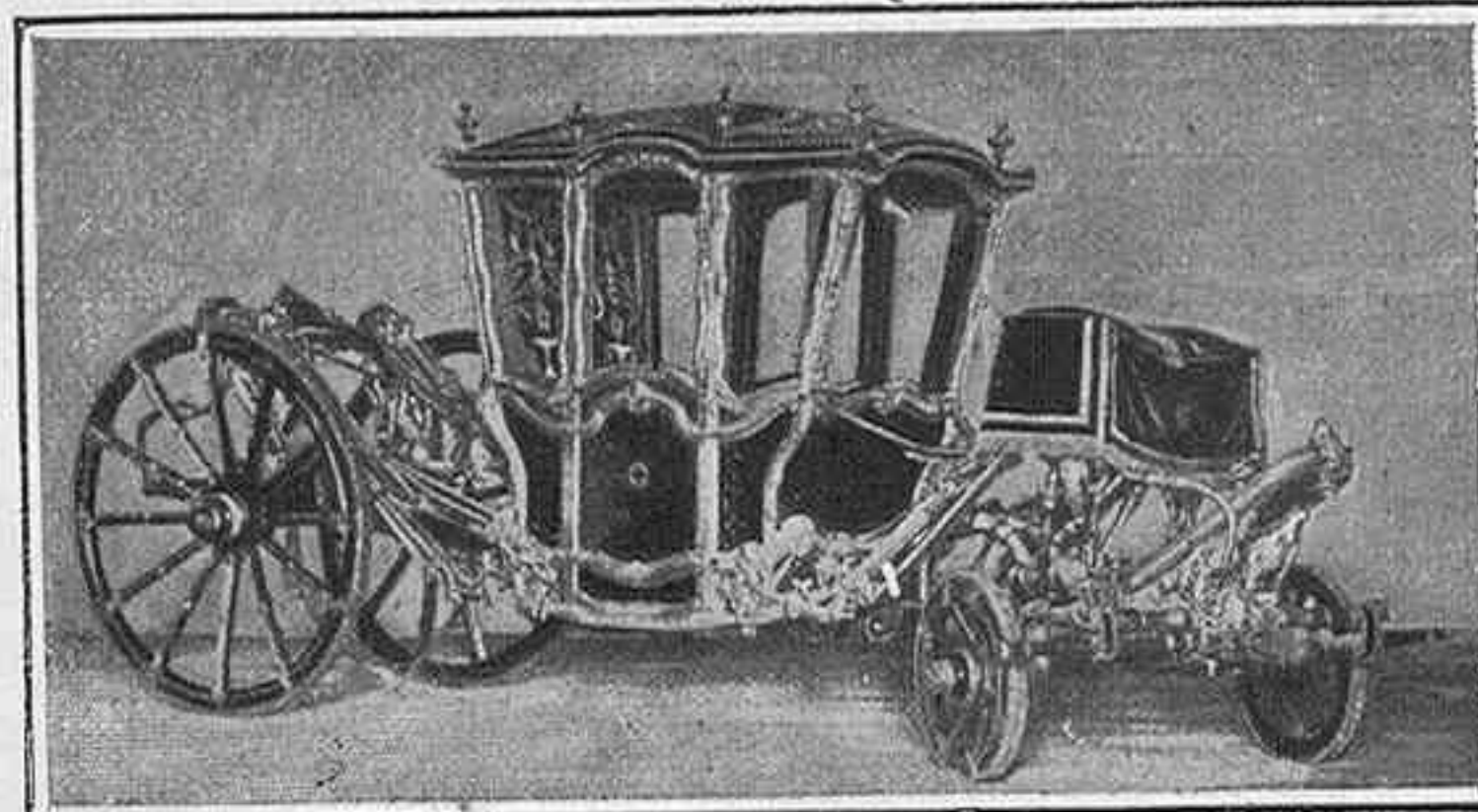
Estado, aun dentro de las limitaciones que los preceptos constitucionales les imponen, influyen poderosamente en la política internacional de las naciones á cuyo frente se hallan, y de aquí que esos via-

aplausos, tanto más cuanto que el país elegido para su primera visita á un monarca extranjero ha sido el que mayores afinidades tiene con el nuestro, aquel con el cual nos ligan más estrechos lazos y

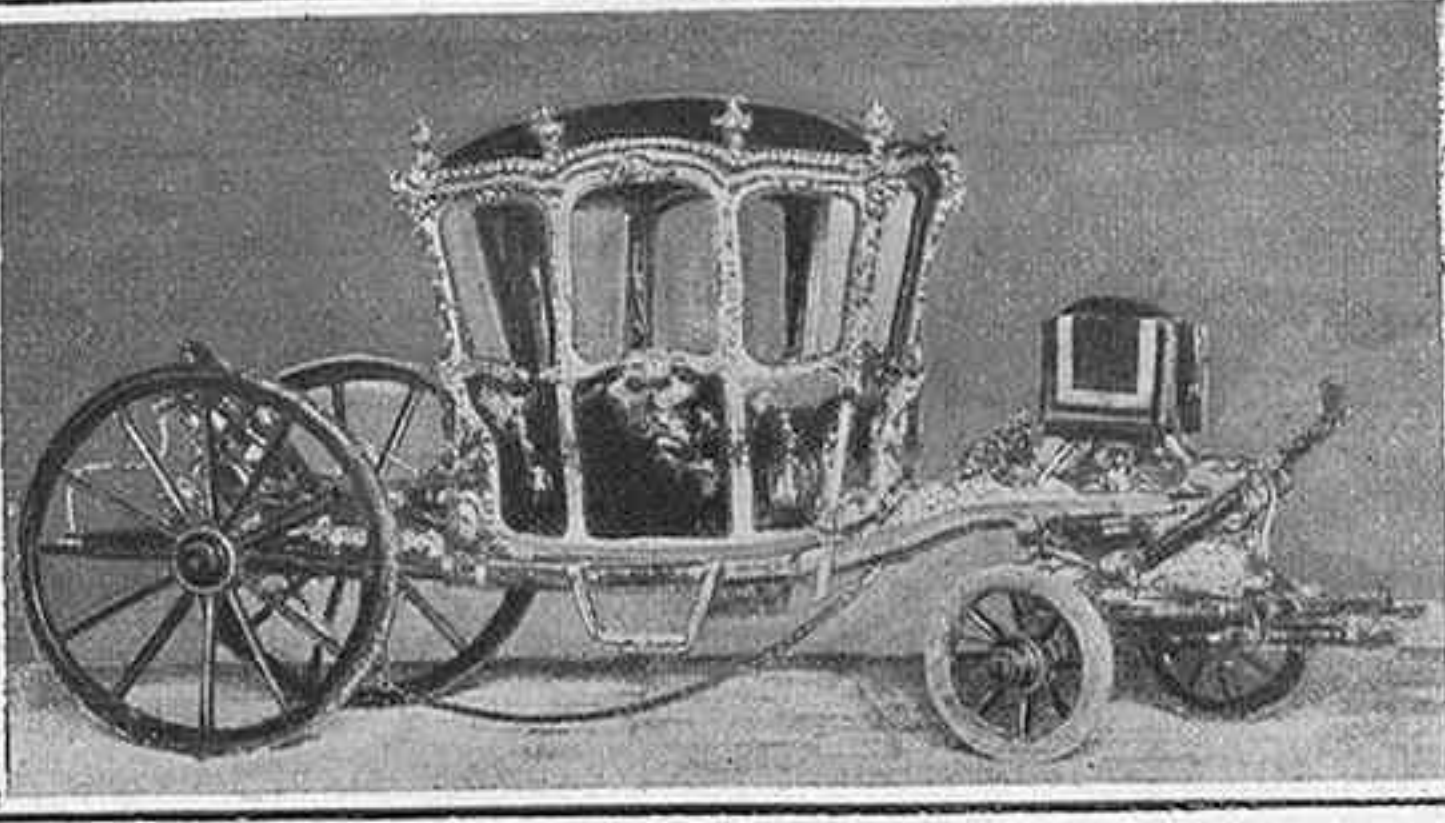
blo lusitano hacia el pueblo español, personificado en nuestro joven monarca, que ha sido objeto en todas partes de una recepción tan cariñosa como entusiasta.



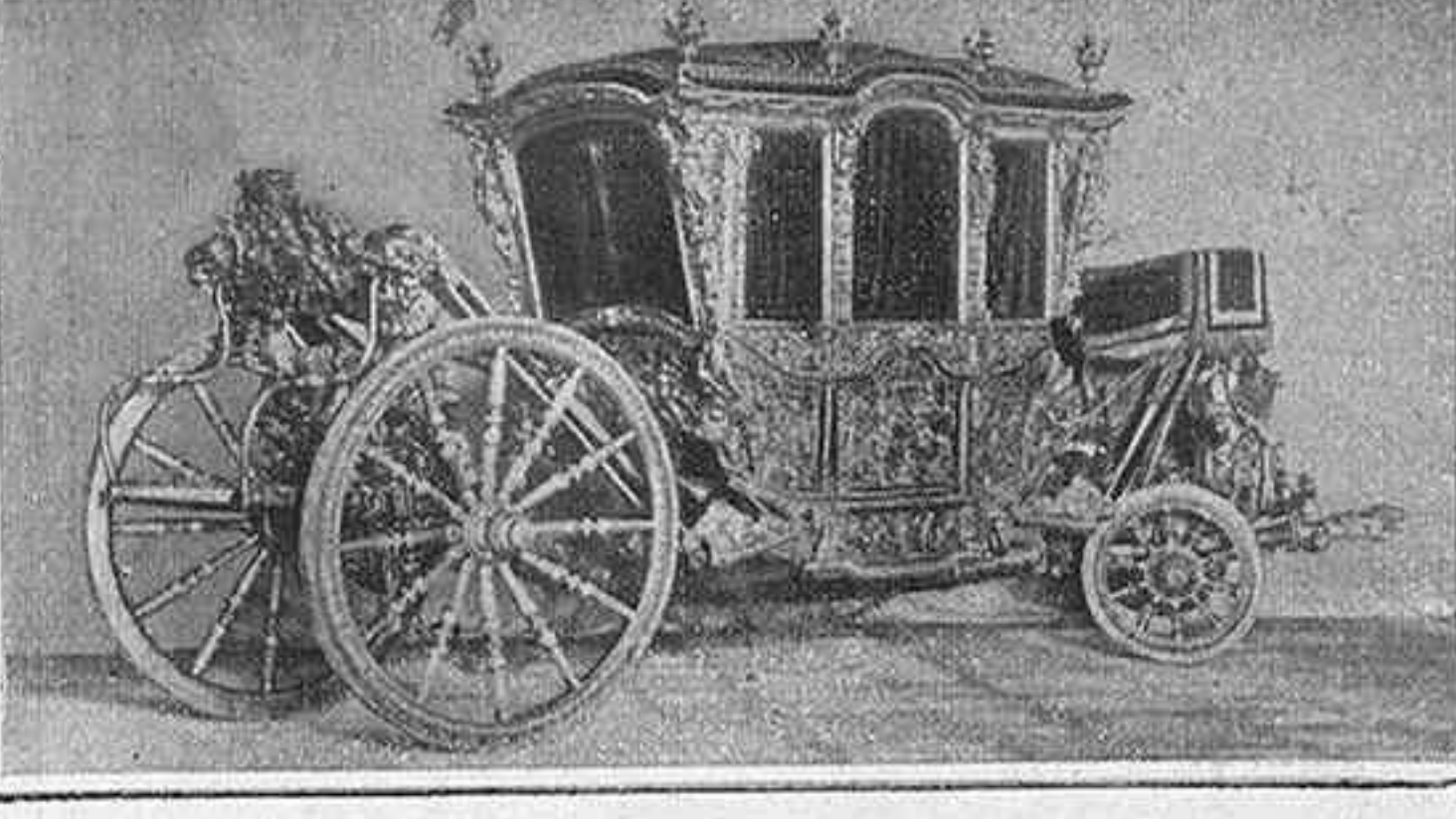
LISBOA. - EL PALACIO DE BELÉN, EN DONDE SE HOSPEDA S. M. D. ALFONSO XIII



Carroza de Alfonso VI, de 1666



Carroza de D. Pedro II, de 1687



Carroza de D. Juan I, de 1708

CARROZAS QUE HAN FIGURADO EN EL CORTEJO DE D. ALFONSO XIII Á SU ENTRADA EN LISBOA

El día 10 llegó D. Alfonso XIII á Lisboa, siendo recibido en la estación por el rey D. Carlos, el príncipe heredero, el cuerpo diplomático, el Ayuntamiento, muchos pares del reino, diputados, altos

funcionarios y multitud de otras personas de significación. Su entrada en la ciudad, que estaba lujosamente engalanada, fué una ovación continua hasta la llegada del regio huésped al palacio de Belén, en donde se le había preparado magnífico alojamiento y en donde fué cariñosamente recibido por la reina D.^a María Amelia.

pronunció las siguientes palabras: «Agradezco vivamente la grandiosa acogida que el pueblo portugués acaba de dispensarme, especialmente por lo que representa para el sostenimiento de las relaciones de profunda amistad que existen entre ambos países para llegar á la paz universal. Brindo por el rey de Portugal, por el Ejército, la Armada y el pueblo portugués.» La reina Amelia, que brindó dos veces, encargó en una de ellas dirigiéndose al Sr. Rodríguez Sampedro: «Decid á la reina madre de D. Alfonso XIII que hoy es para mí un gran día.»

En la mañana del día 11 nuestro monarca, acompañado del rey D. Carlos, visitó el Museo de Artillería y el castillo de San Jorge y almorzó en la legación de España. Terminado el almuerzo, recibió á la colonia española y después asistió al tiro de palomas. Por la noche hubo baile de gala en el palacio de la Ayuda: la fiesta resultó brillantísima, y en ella bailaron el rigodón de honor el rey D. Carlos con la reina D.^a María Pía, el Sr. Sampedro con la esposa del presidente del Consejo de ministros de Portugal, D. Alfonso XIII con la reina D.^a María Amelia, y el Sr. Hintze Ribeiro con la esposa del ministro de Francia.

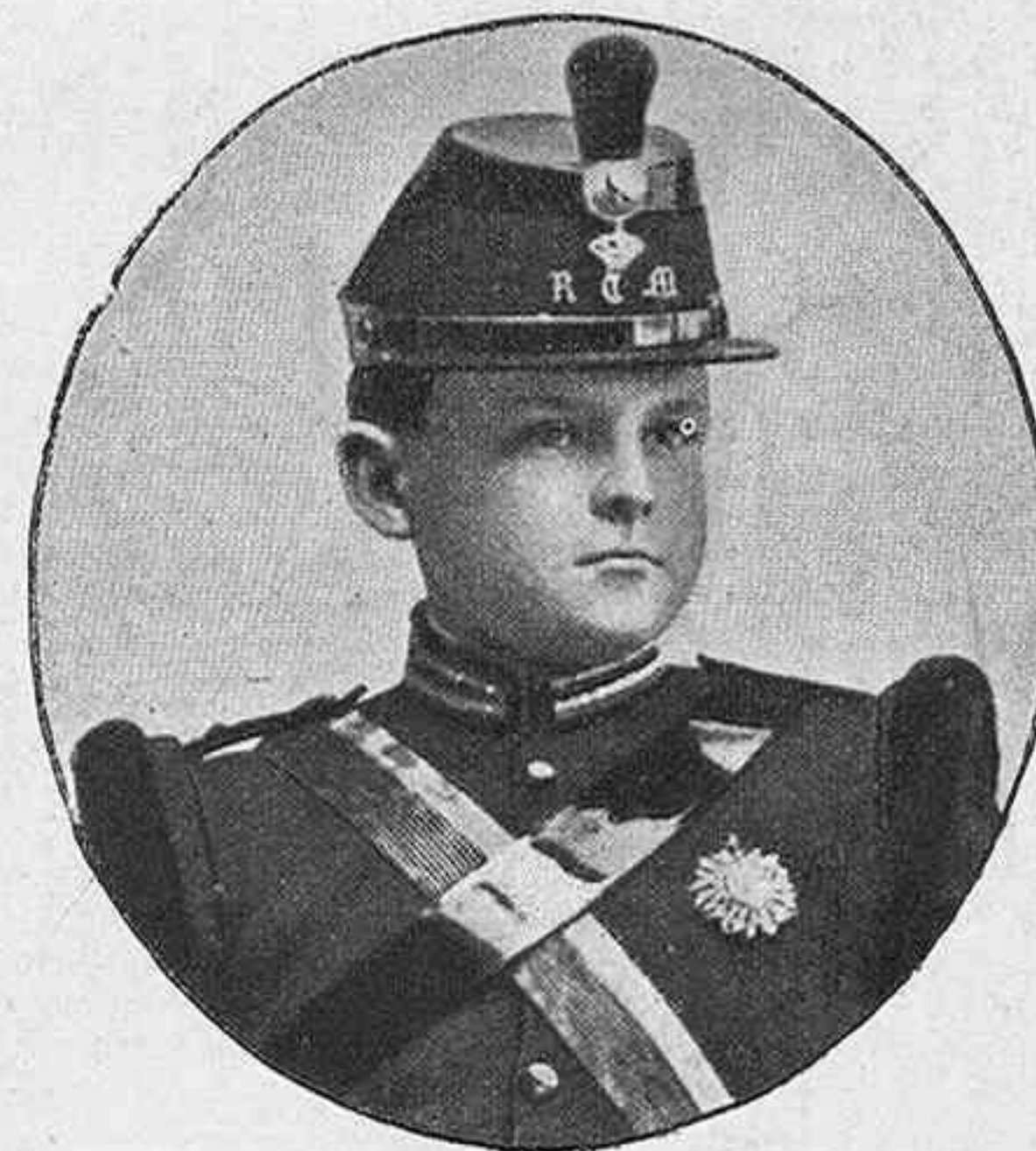
El día 13 los dos soberanos, acompañados de las reinas D.^a María Amelia y D.^a María Pía, verificaron una excursión á Cintra, y terminado el almuerzo, que se celebró en el regio alcázar, palacio lleno de riquezas artísticas y de curiosidades históricas, regresaron á Lisboa para asistir á la corrida de toros á estilo portugués, con caballeros rejoneadores. El hermoso circo taurino hallábase completamente ocupado y el despejo de la plaza fué brillantísimo.



S. M. la reina D.^a María Amelia de Portugal



S. M. la reina madre D.^a María Pía de Portugal



S. A. R. el príncipe heredero D. Luis Felipe de Portugal



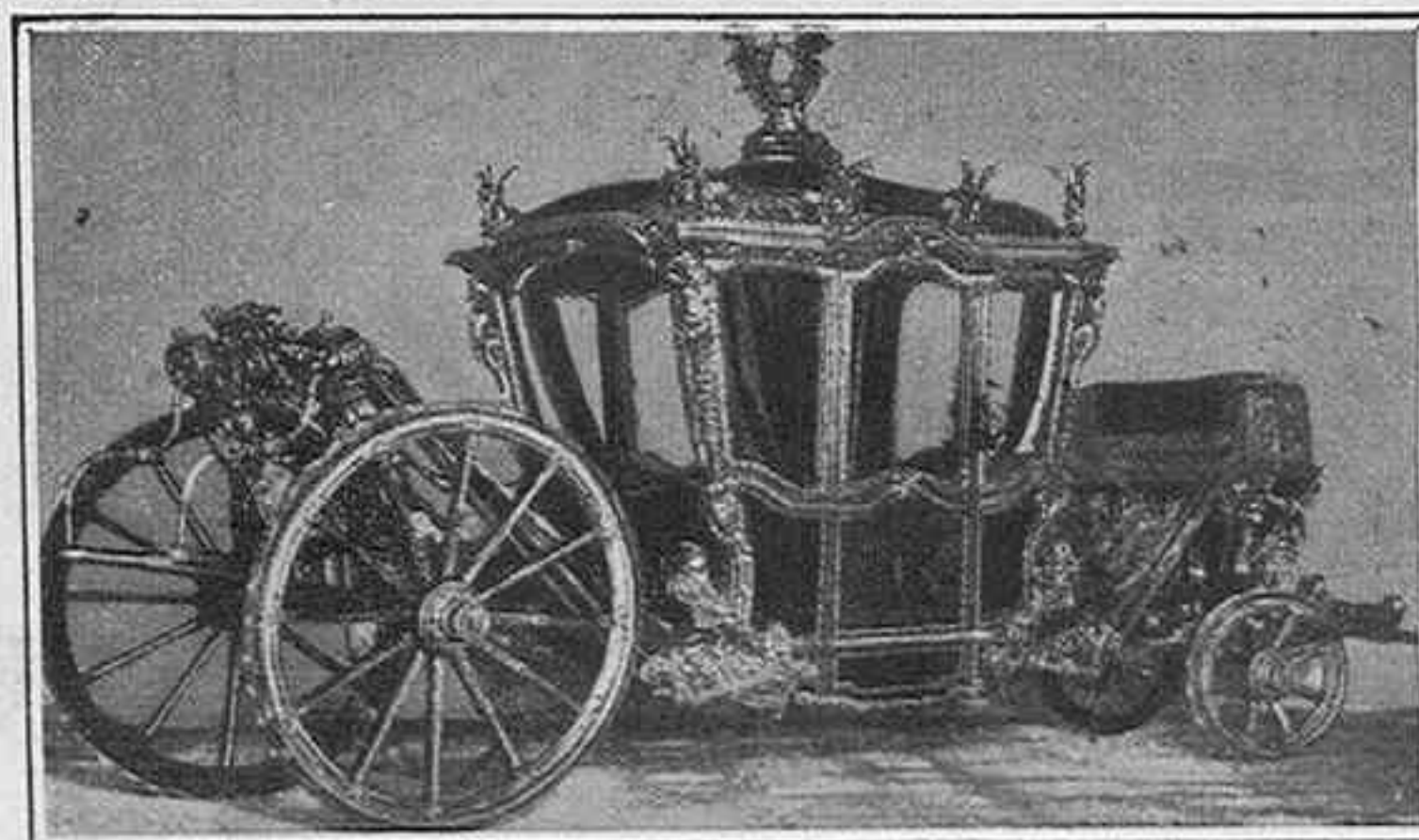
S. A. el infante D. Manuel M.^a de Portugal

Por la tarde visitó D. Alfonso á la reina madre D.^a María Pía en el palacio de la Ayuda, y por la noche hubo en esta regia residencia el banquete de gala. El comedor en donde se celebró ofrecía brillantísimo aspecto y había en él dispuestas dos mesas para 85 cubiertos, presididas la una por el rey D. Carlos y la otra por D. Alfonso XIII: el primero tenía á su derecha al ministro de España en Portugal, á su izquierda á la marquesa de Fayal y enfrente á la reina D.^a María Pía, á cuyos lados se sentaban el Cardenal Patriarca y el Sr. Hintze Ribeiro, presidente del Consejo de ministros; á la derecha de D. Alfonso estaban la esposa del ministro de Francia y á la izquierda la esposa del presidente del Consejo, y á su frente la reina D.^a María Amelia, teniendo á sus lados al príncipe heredero y al ministro de Estado español Sr. Rodríguez Sampedro.

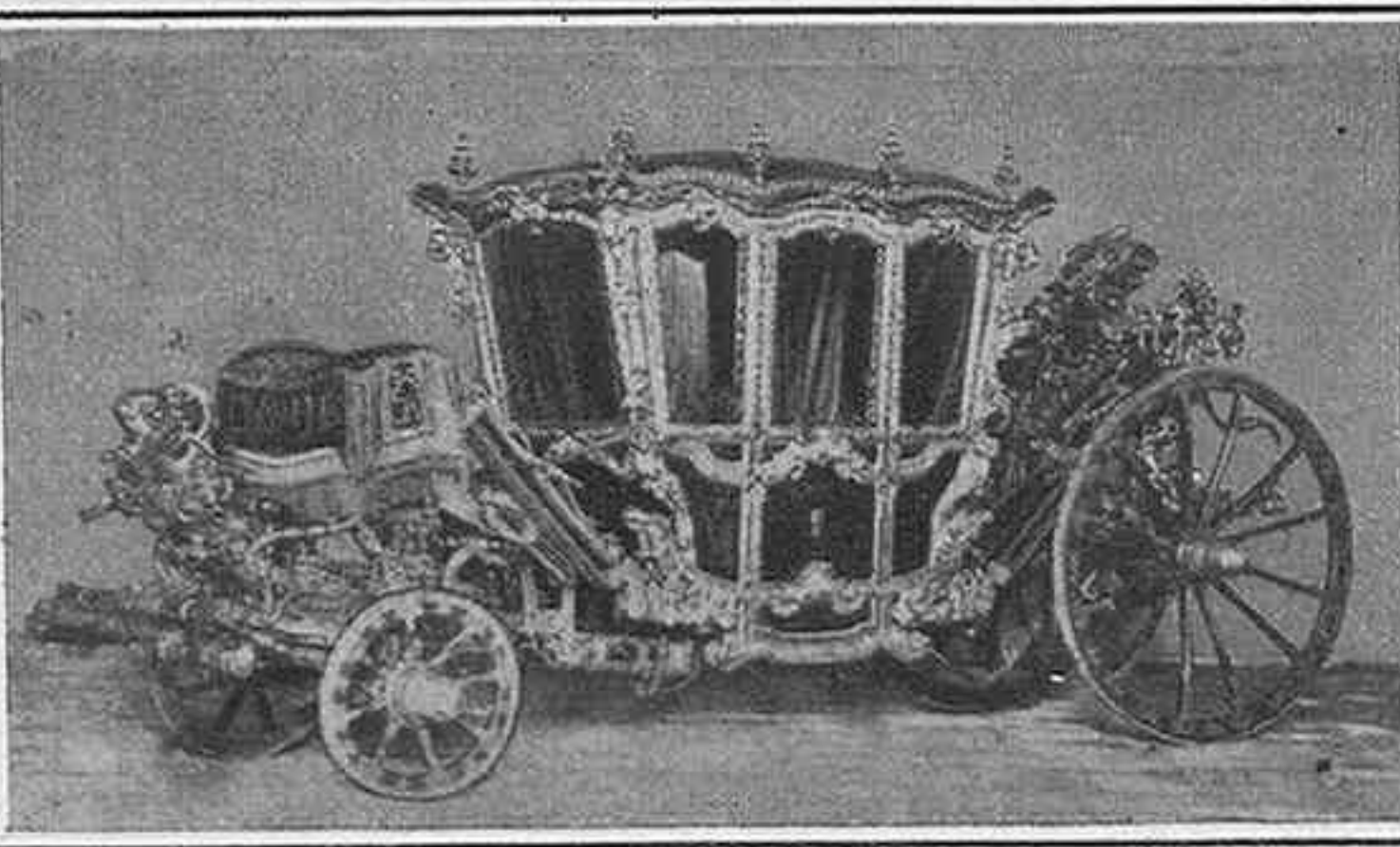
Llegado el momento de los brindis, D. Alfonso

El día 12 D. Alfonso obsequió á D. Carlos con un almuerzo á bordo del acorazado español *Carlos V*, y por la tarde hubo recepción en el Ayuntamiento, que estuvo muy concurrida y en la que nuestro monarca fué objeto de las mayores muestras de cariño y de respeto. Por la noche hubo de suspenderse el

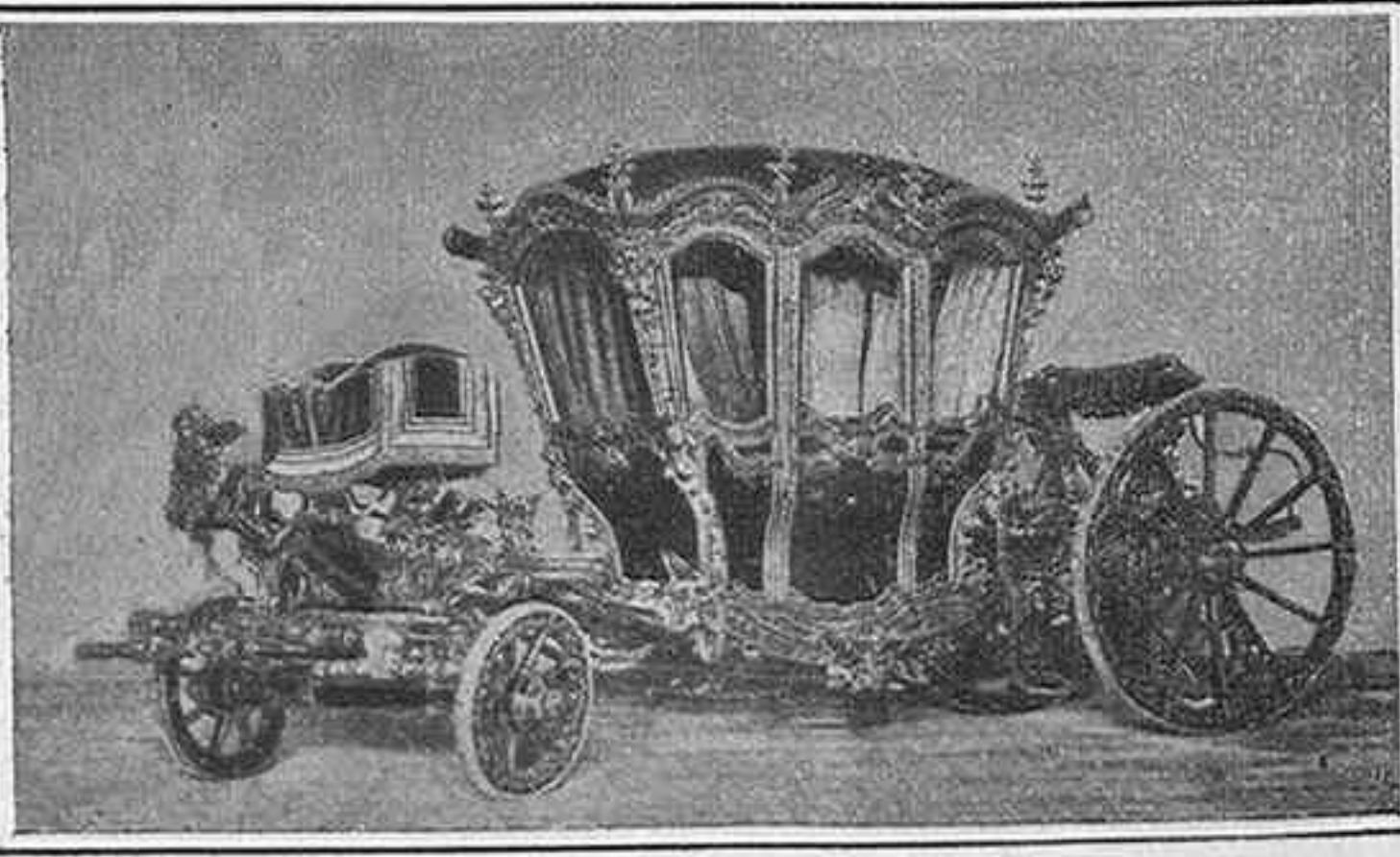
Lidiáronse diez toros que dieron mucho juego y los rejoneadores hicieron gala de su habilidad, como la hicieron también de su serenidad y de su fuerza los llamados «moços de forçado», grupo de fornidos jóvenes situados en el redondel debajo del pal-



Carroza de Juan V, de 1727



Carroza de D. José, de 1750



Carroza de Pedro II, llamado también de D. Fernando

CARROZAS QUE HAN FIGURADO EN EL CORTEJO DE D. ALFONSO XIII Á SU ENTRADA EN LISBOA



— Os aseguro, papá y mamá, que tenéis que dar un baile

EL BAILE DE LOS DOS VIEJOS

CUENTO, POR CHARLES FOLEY. — ILUSTRACIONES DE SIMONT

I

— Os aseguro, papá y mamá, que tenéis que dar un baile. Vuestra grande y hermosa habitación del piso primero, con sus diez balcones á la avenida, parece dispuesta á propósito para una fiesta soberbia. Se hablará de ella en los periódicos de la buena sociedad; vuestros invitados os recibirán después en sus casas y de este modo os encontraréis lanzados de pronto en el gran mundo.

Sentados en el borde de sus sillones de seda nuevos y flamantes y con los pies colgando, como si no se atrevieran á ponerlos en la blanda felpa de las alfombras todavía vírgenes de pisadas, el buen anciano Sr. Peroux y la no menos buena y voluminosa viejecita señora de Peroux escuchaban á la elegante joven con todo el respeto que unos padres sin gran educación deben á una hija única, educada en el colegio más caro y aristocrático de París. Pero en cuanto la joven acabó de hablar, los viejos se miraron como asustados.

— Precisamente, hija mía, se atrevió á decir el viejo con voz temblona y vacilante, aunque le animasen los movimientos de aprobación de su mujer, precisamente lo que nosotros no queremos es *lanzarnos al gran mundo*, ni al mediano, ni siquiera al pequeño. No tenemos ganas de pertenecer á ningún mundo. Te repito una vez más, puesto que pareces olvidarlo, que nuestro origen es humilde. Yo he sido mayordomo, y tu madre cocinera. En diez años, y á fuerza de economía, pudimos comprar cinco obligaciones de la Villa de París, y una de ellas nos valió el gran premio de amortización de quinientos mil francos. Como nos gustaba nuestro oficio, aunque esto te parezca raro, y nos encontrábamos aún demasiado jóvenes y activos para vivir de nuestra renta, montamos un hotel en Niza. Observamos allí mucho orden y mucha exactitud, y conociendo, como conocíamos, todo lo que se refiere á la limpieza, á la buena instalación y á la cocina, nuestra casa fué mejor y menos costosa que las otras. Los clientes afluyeron, y después de veinte años de éxito, un poco cansados ya, pero con-

tentos, vendimos nuestro hotel en diez veces más de lo que nos había costado y nos volvimos á París muy ricos, millonarios, pero no por eso orgullosos. Como no tenemos instrucción, no somos vanidosos y nos damos cuenta de que si hemos trabajado un poco más que muchas personas, también hemos tenido mucha más suerte. No estamos, pues, en el mismo caso que tú. Has sido educada en un medio muy diferente, con otros prejuicios y otras ideas. Gracias á tu buen dote, has podido casarte á tu gusto, hacer la vida lujosa que te conviene y atraerte las amistades que te agradan. Es perfectamente comprensible que tengas costumbres, gustos y caprichos que nosotros no sospechamos siquiera. Pero así como admitimos que vivas á tu modo, lo menos que podemos pedirte es que nos dejes ir viviendo al nuestro.

La joven, impaciente, abrió ya la boca para responder con viveza; pero la viejecita, envalentonada por la facundia y por la clara franqueza de su marido, hizo seña de que también ella quería hablar, y en tono de velado reproche dijo:

— Ya en lugar de dejarnos comprar un hotelito apacible y retirado, cerca de Auteuil ó de Passy, nos has hecho alquilar un piso lujoso en plenos Campos Elíseos, que no nos conviene ni poco ni mucho. Instalados de este modo, necesitamos siete ú ocho criados, y si ese gasto no excede de nuestra renta, la vigilancia, al menos, es superior á mis fuerzas. No nos hemos retirado de la vida activa para tener todos sus cuidados sin ningún beneficio. Convéncete bien de una vez para siempre de que somos viejos y no necesitamos ya más que descanso.

Después de haber dicho lo que tenían en el pensamiento, con la viveza sencilla, que era toda su elocuencia, los dos se quedaron callados, pues ni al uno ni al otro les gustaban las repeticiones inútiles. Además, creyeron justo que, ya que ellos habían hablado, hablase también su hija.

Tan molestanda por las razones de su madre como por el discurso de su padre y después de haberlos escuchado con el mismo imperceptible encogimien-

to de hombros, la joven se puso á abogar por su causa con el imperturbable aplomo y la desconcertante volubilidad que eran el sello distintivo de todas las alumnas de su colegio.

— Siento decíroslo, queridos papás, pero no entendéis nada, absolutamente nada, de la vida parisiense. Si os abandonase á vosotros mismos, antes de tres meses os habíais muerto de aburrimiento. Yo sé mejor que vosotros lo que os conviene. En primer lugar, el deber de los ricos es gastar su dinero sin contar. No hay mejor medio de combatir la anarquía. ¡Se trata, pues, de una cuestión social! Además, á vuestra edad se tiene gran propensión á una pereza peligrosa, se sale cada vez menos, se aísla uno, se mece en sus recuerdos al lado del fuego y se adormecen el alma y el cuerpo, lo que es malísimo moral y físicamente. Para reaccionarse no hay más que un medio: la distracción. ¡Se trata, pues, también de una cuestión de salud! En fin, todos mis amigos, que saben que estáis instalados en París, encontrarían extraordinario, mezquino y hasta incomprensible que no dierais una fiesta para festejar vuestra instalación. Se creería que os daba vergüenza dejaros ver. ¡Ya veis que se trata sobre todo de una cuestión de conveniencias!

La buena señora de Peroux hubiera querido responder que ella combatía la anarquía á su manera, con limosnas bien repartidas á pobres conocidos; el buen Peroux tuvo ganas de objetar que el médico le aconsejaba la calma absoluta; y ambos tuvieron en la punta de la lengua que para gastar dinero sin contar, bastante tenían con su hija, y que no conociendo ni de vista á los amigos de su yerno, poco les importaba que los juzgasen mezquinos. Pero la joven, aprovechando la vacilación, el aturdimiento y la confusión de ideas en que les había sumido su prodigiosa facilidad de palabra, y sin dejarles respirar, los dominó con la imprevista audacia de esta peroración:

— He aquí por qué, mis queridos papás, vais á dar un gran baile, seguido de una cena, precisamente *del sábado en ocho días...*

Los dos viejos se estremecieron, y ante un peligro

tan próximo, Peroux tuvo todavía valor para decir esta frase, como si fuera su último cartucho:

- Si tienes tanta gana de dar un baile, dalo en tu casa.

La joven resistió impasible el choque, se envolvió en sus pieles voluptuosa y coquetamente y respondió:

- En casa es imposible y yo no tengo tres salones seguidos ni un personal de criados bastante numeroso. Además, hemos gastado enormemente este invierno y nuestro presupuesto no nos permite ese aumento de gasto. Siento infinito contrariaros, pero es tarde para retroceder, pues he enviado ya más de trescientas invitaciones á las personas con quienes estamos obligados.

- ¡Trescientas invitaciones!.. ¡Qué horror!, gimió el viejo, perdiendo toda fuerza de resistencia.

- ¡Misericordia!.. ¡Qué pejuguera!, dijo la anciana como un eco de desolación.

- Nada de eso, respondió la joven con sonrisa un poco burlona. No tendréis ni la más pequeña molestia. Me he entendido con Potel para el ambigú y la cena, y él me enviará sus criados, sus cocineros y sus marmitones. He pasado por casa de Bellon y él decorará toda la casa. Y mi florista, que tiene ya mis órdenes, hará lo demás. Yo vendré temprano para recibir á los primeros invitados. Me encargo de todo, y vosotros no tenéis que ocuparos de nada absolutamente... más que de pagar.

Y prudentemente, sin esperar nuevas objeciones, la joven se levantó y se despidió de sus padres. Pero tuvo que bajarse mucho para dar un beso á los dos viejecitos, pues ambos tenían la cabeza inclinada, en actitud de abatimiento y de consternación.

II

El día de su baile (*su* baile, ¡qué ironía!) los esposos Peroux no sabían dónde meterse y estaban como perdidos en su casa. Los dos iban y venían como almas en pena, tropezando con uno, recibiendo un empujón de otro, sentándose aquí y allá en un cajón ó en un rollo de alfombra, vagando de pieza en pieza con el aspecto asombrado é infeliz de dos pájaros á quienes se han quitado todas las cañas de la jaula.

Por la mañana temprano habían llegado los tapiceros y habían dejado vacía toda la casa, el billar, la sala de fumar, y amontonado cuanto en ella había en las alcobas. Después se habían puesto á cubrir las paredes de unos tapices rojos, de un rojo subido, y estaban clavando enormes clavos en las molduras doradas con ensordecedores martillazos. Unos mayordomos desconocidos se habían apoderado de los aparadores del comedor y de los armarios de la lencería y manejaban á su antojo la plata, las porcelanas y los cristales. La cocina, cuyos fogones ardían hasta prender fuego á la chimenea, estaba llena de marmitones desvergonzados que pululaban en un aquelarre de vajilla, de cacerolas y de botellas. Los electricistas plantaban por todas partes sus pesadas escaleras y multiplicaban los alambres, mientras que por todas las puertas, abiertas de par en par á las corrientes de aire, entraban los jardineros con sus zuecos llenos de barro y de estiércol, desempajaban grandes plantas, colocaban en tiestos multitud de flores y lo rociaban todo, follajes, suelos y tapices, con el fino chaparrón de sus regaderas.

Los viejos habían querido al principio sublevarse é impedir el trastorno y el saqueo de su casa tomada por asalto. Pero sus criados, creyéndose inútiles ante tantos reemplazantes, habían pedido y obtenido permiso para salir aquel día. Solos, pues, ante aquella horda de intrusos, los buenos viejos trataron en vano de gruñir, de jurar y de echárselas de amos; al verlos tan bonachones y sencillotes, nadie quiso creer que fueran los verdaderos dueños de la casa. Las órdenes de su hija, por otra parte, eran terminantes. La invasión continuó, y rechazados de umbral en umbral, maltratados y empujados, los viejos no resistieron más y se dejaron despojar con la inercia de la impotencia.

Sólo al llegar la noche toda aquella gente desapareció y cesó el ruido como por encanto. Las puertas se cerraron, y por toda la casa, bañada por una luz de oro, se repartió una tibieza de estufa, en la que vagaban fragancias de lilas, de rosas y de violetas. Los buenos ancianos se paseaban deslumbrados en medio de todo aquello con el aturdimiento del pastor cándido y de la ingenua pavera que en todas las comedias de magia son trasladados por los buenos genios á un palacio de apoteosis, en premio de servicios ignorados. Los dos lo admiraban todo tímidamente, no se atrevían á tocar nada y hasta respiraban poquito á poco, pensando que

acaso vendrían á pedirles que restituyesen la parte que habían consumido de un aire tan precioso, tan raro y perfumado tan deliciosamente.

- Todo esto es demasiado hermoso y me intimida, murmuraba la pobre vieja, ya pálida y temblona. ¡Qué vieja, qué amarilla y qué fea voy á parecerles en el brillo de estos tapices, de estas flores y de estas luces!

- ¡Bah! Tú estás bien conservada, suspiró Peroux, y harás todavía tu poco de efecto... Yo sí que voy á estar torpe y ridículo!

- Si me crees tranquila, te engañas de medio á medio. Las amigas de la niña, todas ellas del gran mundo, me van á quitar el pellejo. ¡Se me pone carne de gallina al pensarlo!

- Y los amigos de nuestro yerno, unos señores elegantes, desdeñosos y hartos de todo, me van á echar unas miradas que me dan escalofríos...

- No acabo de decidirme á ir á vestirme y lo estoy retrasando todo lo que puedo. ¡Si vieras el traje que la niña ha encargado para mí, sin permitirme hacer la menor observación al modisto! ¡Es verde claro! ¡Figúrate á tu pobre vieja vestida de verde claro!.. Y el cuerpo está tan escotado que me parece que voy al baño... Me van á tomar por una loca. Mala me pongo sólo de pensarlo...

- No me hables... ¡Yo tengo un sudor frío! Cuando meto los pies en mis zapatos de charol me parece que les dan tormento. Pero eso no es nada al lado del frac que me ha hecho el sastre de mi yerno. Estoy dentro de él como una castaña en el asador, cuando siente estallar la cáscara. Y luego, tengo tal costumbre, que á falta de servilleta estoy siempre con el pañuelo debajo del brazo. ¡Bonito cuadro voy á hacer!

- ¡Yo también voy á hacer cada pifial.. Cuando tengo miedo de este modo, se me hace un nudo en la lengua...

El sonido de un timbre interrumpió la conversación.

- Oye, mi pobre Peroux, ¿serán ya nuestros invitados? Me tiemblan las piernas y tengo un miedo...

- ¡Calla, mi vieja, no me hables de los invitados!

- No estamos aquí... ¿Vamos á escurrirnos?

- Sí, sí, sin tambores ni trompetas.

Pero al dar media vuelta rápidamente para escaparse, tropezaron los dos con un gran lacayote que iba á abrir la puerta. Con medias blancas y librea de paño azul y botones de oro, más hinchado y solemne que un pertiguero de catedral, aquel criado, á quien nunca habían visto, les cortó la retirada hacia los cuartos de dormir y con un tono y un aire de guardia civil ante culpables los apostrofó bruscamente:

- ¿Qué hacéis aquí? ¿Por qué os escapáis ahora de ese modo? ¿Qué quiere decir esto?

En la turbación y el pánico que les causaba aquel interrogatorio á quemarropa, los viejos se quedaron estupefactos; y sin darles tiempo para tomar aliento, el terrible lacayo los empujó delante de él.

- ¡Pronto, largo de aquí y á callar la boca!.. No es este vuestro sitio... ¿Hase visto semejantes atrevidos? Si os vuelvo á encontrar fignando os hago llevar á la prevención... ¡Vivo! ¡Á la calle!

Ciego á sus gestos indignados y sordo á sus protestas, el lacayo los empujó á la antecámara.

Una vez allí, la anciana se dirigió á la puerta de la escalera, pero aquel hombre dijo en tono de cínica burla:

- ¡Calla! Por la escalera de los amos... ¡No faltaba más! ¡Vaya!.. ¿Para quién se ha hecho entonces la de servicio?

Y de otro empujón, el lacayo rechazó á los Peroux hasta las habitaciones de los criados y cerró la puerta. Allí, en medio de otros desconocidos, cocineros y marmitones muy ocupados, fué todavía peor. Estupefactos, sacudidos y maltratados, de empujón en codazo y de tropezón en tarasca, los viejos pasaron en un abrir y cerrar de ojos del cuarto de los criados á la cocina y de la cocina á la escalera de servicio, en la que se encontraron solos después de un gran portazo.

- ¡Esto sí que es duro!, dijo el anciano rabioso. Ser puesto en la puerta por unos lacayos á quienes uno paga. ¡Es más que duro; es el colmo!

La vieja, una vez pasada la primera emoción de sorpresa, no pudo menos de echarse á reír.

- ¡Oh! Yo no me enfado por esto... ¡Lo encuentro tan gracioso!..

- Esto no puede quedar así. Voy á subir otra vez por la escalera principal.

- Olvidas, amigo mío, que la puerta está guardada por el gran lacayón, que no te dejará pasar.

- ¡Bajaré á buscar al conserje; haré venir al comisario de policía, me haré abrir mi casa por la justicia!..

- ¡Qué escándalo, amigo mío! ¡Qué ridícula campanada!, dijo la buena anciana sonriendo y encojiéndose ligeramente de hombros. ¿Quieres que hagamos irrupción en el baile, vestidos de bata y seguidos de la fuerza armada? Sería un acontecimiento que nuestro yerno no nos perdonaría y que haría desmayarse á nuestra hija. Si quieres creerme, no haremos tanto ruido y aprovecharemos calladito, alegre y maliciosamente, la torpeza de ese gran imbécil de lacayo.

Al ver el bueno de Peroux el buen humor descuidado y algo burlón de su mujer, sintió que se disipaba lo más fuerte de su cólera, pero vacilaba todavía.

- ¿No queríamos escondernos?, le dijo su mujer.

- Sí, pero...

- Entonces era difícil, mientras que ahora es facilísimo. Ya veo que todo nos sale á nuestro gusto. Nuestros invitados se divertirán sin nosotros; divirtámonos nosotros sin ellos.

- ¡Calla!.. Es una idea, exclamó el viejo, que, no estando acostumbrado á permanecer mucho tiempo encolerizado, iba desarrugando el ceño al oír aquella proposición tentadora. Ahora sí que vamos á divertirnos. Justamente tengo en el bolsillo la llave del cuartito del piso sexto, donde guardamos los recuerdos y las reliquias de nuestro modesto ajuar de otro tiempo. Ya que nos echan de abajo, refugiémonos arriba, es nuestro único asilo.

- ¡Oh! Sí, eso es, cenaremos en nuestra buhardilla como en los buenos tiempos en que éramos tan pobres, pero tan jóvenes... ¡Va á ser delicioso! Pero... no tengo ni un céntimo para cenar. ¿Y tú?

- Yo tampoco. Estoy sin la cartera y sin el portamonedas... Sin embargo, espera, espera... tengo aquí todavía dos monedas de un franco para mis pobres. ¡Dos francos! ¿Eh? ¡Qué suerte!

- Eso nos bastará. Vámonos pronto á comprar nuestra cena.

III

Vivarachos, alegres y encantados de la escapatoria, los dos viejecitos bajaron la escalera de servicio, ella con la mantilla echada sobre los ojos y él con el pañuelo en el carrillo como si tuviera dolor de muelas, para que el portero no los conociera al pasar. Y como la gran puerta estaba de par en par, llegaron sin dificultad á la calle.

- ¿Tienes frío, vieja mía?

- Sí, algo, pero no mucho, así no tendré ganas de entretenerme en el camino. Dame un franco. Tú vas á entrar en la tienda de comestibles y vas á pedir una botella de vino de diez y seis; no de diez y ocho, que es demasiado caro; de diez y seis, ¿entiendes?

- ¿Y si me conoce el tendero?

- No hay cuidado. Nunca ponemos los pies en su casa. ¿Cómo quieres que se figure que venimos nosotros mismos á buscar nuestras provisiones? Y además, si nos conoce será todavía más gracioso. ¡Date prisa! Mientras, me voy yo á comprar cuarenta céntimos de castañas. Eso hará un franco y veinte céntimos. Lo que sobre, para luz y para fuego, pues no debe de hacer calor allá arriba. Nos encontraremos ahí, en la esquina de la calle.

Diez minutos después los dos viejos acudieron á un tiempo á la cita.

- He comprado dos velas, dijo la mujer de Peroux, y con haber pagado la leña y las castañas, no me queda ni un céntimo. Toma, llévame la leña y las astillas, que es lo más pesado. Tengo los dedos ateridos de frío.

- Yo, dijo el bueno de Peroux, he comprado cuatro panecillos de cinco céntimos y un limón de diez. Y también estoy sin blanca.

- Pues no es esto razonable. Hemos debido guardar algo para lo imprevisto.

Los dos se miraron sonriendo.

- Enteramente como en otro tiempo.

- Enteramente.

El marido y la mujer volvieron juntos á su casa, ayudándose mutuamente á llevar los bultos. Al llegar al hotel se detuvieron y levantaron los ojos hacia el primer piso. El fulgor de la luz eléctrica atravesaba las cortinas de tul y se deslizaba á través de las tablillas de las persianas, lo que hacía llegar hasta la acera un reflejo de iluminación.

- ¡Es muy elegante, después de todo!, exclamó el viejo. ¡Mira, mira!.. Hace todavía más efecto fuera que dentro. Lo que es como baile, podemos decir que el nuestro es de primera.

- ¡Eh!.. ¡Cuidado!, gritó un cochero, subrayando el aviso con una desvergüenza.

Y rozando con las ruedas á los dos viejecitos, un gran carruaje se metió por la puerta del hotel.

— ¿Has visto?, dijo la de Peroux; en ese coche va una señora vestida de tul rosa. Pero cuidado, apárta-te... Va á entrar otro coche, y otro detrás, y otro... El municipal los hace poner en fila. ¡Ah! Mira ese carruaje con dos señoras de blanco y un señor viejo que enseña por entre el gabán de pieles toda una ristra de cruces y condecoraciones.

— Y toda esa gente va á nuestra casa. ¡Es gracioso!.. ¿Y si nos conocen?

— ¡Bah! No hay aquí más peligro que en la tienda de comestibles. Para conocernos sería preciso que nos hubieran visto alguna vez.

— Pero ¿y nuestra hija y nuestro yerno?

— Están arriba, haciendo los honores, y se pasan muy bien sin nosotros. ¿Cómo se van á figurar que tú, con la botella y los leños debajo del brazo, y yo con las velas, las castañas, los panecillos y el limón en la falda remangada, estamos aquí, en la acera, mirando como unos bobos?

— Y burlándonos de nuestros convidados. ¡Tenemos un tupé!.. Es chistoso... Me cuesta un trabajo atroz el contener la risa.

— ¡Calla, calla, hombre, ó me vas á hacer soltar la carcajada! Me estoy divirtiendo como una modistilla.

— Y yo como un pilluelo.

Los coches, entre tanto, iban aumentando y nuevos municipales empezaron á empujar á los curiosos que se agolpaban para ver. Entonces dijo el viejo:

— Dime, mujercita, ¿quieres que nos subamos ya? Todo este alboroto empieza á aturdirme un poco. Además, con ese maldito trastorno de muebles, apenas he comido y voy teniendo hambre.

— Iba á decírtelo. Hace fresquillo, y además, el piso sexto está muy alto y yo no tengo ya mis piernas de los veinte años. No estamos en nuestra casa.

— Oye, dijo el viejo, precisamente el municipal se ha vuelto de espalda; este es el momento. Cógeme de los faldones y sígueme. Vamos á escurrirnos por detrás de esa berlina que entra y así no nos verá nadie.

Sin gran trabajo pasaron inadvertidos y se deslizaron por detrás del coche, entre la pared y los caballos, y así llegaron diestramente á la escalera de servicio sin ser vistos.

— ¡Ah!, suspiró el buen viejo; ni visto ni oído. Para pescar á Peroux hay que ser más listo que mi portero.

— Con todo, yo he sentido alguna emoción, dijo la viejecita. Al pasar por la portería me ha latido el corazón de un modo... Pero á mí me gustan estos miedecillos, porque la conmueven á una.

Al principio subieron precipitadamente los escalones, no por miedo de encontrar á los criados, que estaban todos en el vestíbulo ó en la portería, viendo desfilar los fraques y los trajes de cola, sino porque subía del patio y de la calle un estrépito de pisadas de caballo, de ruidos de coches y de golpes de portezuelas que los asustaban instintivamente.

En el piso primero se pararon delante de la puerta de su cocina para tomar aliento y además para prestar oído curiosamente. Se oía el mismo ruido

de fogones y los mismos choques de cacerolas, de vasos y de vajilla. Después, cuando se abrían las puertas del cuarto de costura, llegaban hasta ellos los rumores de la multitud y voces entrecortadas por las intermitencias de una orquesta.

— ¡Qué estrépito, mi vieja! ¡Y qué apreturas debe de haber ahí dentro!

verde, el armario aparador y la mesita de tableros colgantes, todo su pobre y querido ajuar de otro tiempo, sentía en el corazón dulces latidos.

— ¡Qué bien has hecho en conservar todo este viejo mobiliario! ¡Es tan agradable recordar la juventud!

— Sí, sí, ciertamente, mi vieja, dijo el buen Pe-

roux abriendo el aparador; pero no es este el momento de vagar ni de enternecerse, sino de que recuerdes tus talentos de cocinera. Aquí tienes nuestra cacerola de aquel tiempo y nuestra primera sartén. Aquí está también el limón cortado en rodajas y la botella descorchada. Asa las castañas y calienta el vino mientras yo pongo la mesa.

Y muy serios, ella con la falda todavía levantada á modo de mandil, y él con la servilleta debajo del brazo, se pusieron á preparar la cena.

— ¿Está eso, mi vieja?

— Ya está.

— Pues á cenar.

— Has puesto bien la mesa, Peroux; tiene muy buen aspecto.

— ¿Verdad? Y con nada. Por todo cristal, dos vasos. Como plata, una sola cuchara de estaño; nos la prestaremos mutuamente. Confiesa, mujercita mía, que no estoy todavía tan *mohoso* como parece y que podría aún ganarme la vida.

— ¡Por supuesto! No haya ya personas como nosotros... Prueba, prueba este vinillo caliente perfumado con limón y relámete con él. Me parece que las

castañas necesitaban una vuelta más en la sartén.

— Están en su punto.

— Es que yo entiendo de esto y no he perdido mi olfato ni mis buenas manos. Peroux, hemos sido dos grandes artistas en nuestro género.

— Claro que sí. ¡A tu salud, Felicidad!

— ¡A la tuya, Esteban!

Los dos se echaron á reír, pero la anciana se puso de pronto pensativa y siguió diciendo:

— Es encantador encontrarnos en nuestra casa, solos, como en este momento. Esta buhardillita, que está, sin embargo, debajo del tejado y llena de estos muebles pasados de moda, se ha puesto en seguida tibia y agradable. ¿Verdad?

— ¡Y qué tranquilidad! Esto da la vida. Hay para nosotros más recuerdos en este cuartito que en todo nuestro suntuoso piso de abajo. Volveremos á subir, ¿quieres?

— ¡Oh! Sí, bien quisiera; pero ¿será fácil cuando los criados y la niña nos vigilen?

— Volveremos á dar un baile. Tus castañas están exquisitas, mi vieja. Me he atracado y ahora me ahogo. Dame más de beber.

— A ver si te hace daño...

— No hay cuidado. Esto es más sano que las drogas que tendría que tragar abajo. ¿Te figuras la cara que pondrían los mayordomos si fuese al comedor á pedirles un vaso de vino caliente?

— ¿Y las miradas de desprecio de la cocinera si le pidiese mañana castañas para cenar?

— ¡Y pensar que hay quien cree que los ricos pueden comer lo que quieren!

— ¡Y vivir como se les antoja!.. ¿Por qué te ríes?



¡A tu salud, Felicidad!

— No me hables, Peroux; deben de estar apretados como sardinas en banasta. ¡Qué calor hará en ese horno!

— Cuando pienso que podría estar ahí, siento jaqueca.

— Y yo mareos, como si fuese embarcada.

Y volvieron á subir la escalera, por miedo de que los atrapasen al paso y los arrojaran vivos en aquella hoguera. A medida que iban subiendo se apagaba el ruido del piafar de los caballos y del cierre de las portezuelas y el rodar de los coches se hacía más sordo. Una vez arriba, en el descansillo desierto y silencioso, no se percibía todo aquel ruido más que como un vago rumor de lejana marea.

— Por aquí, mi vieja. Dame una vela y tenme la botella un instante para que yo encienda una cerilla.

Encendida la vela, Peroux sacó la llave del bolsillo, abrió la puerta, y cuando estuvieron dentro, la volvió á cerrar con llave.

Y los dos dieron entonces un gran suspiro de satisfacción, como si acabaran de escapar de un gran peligro.

IV

La buhardilla, estrecha, limpieta y provista de una chimenea, no tenía como otras un tragaluz en el techo, sino una ventanita lateral. Mientras el viejo Peroux colocaba las astillas en los morillos y los leños encima para prenderlos fuego, la vieja daba vueltas por el cuarto, y al reconocer su camita de nogal, sus dos sillas de caoba, la butaca de reps

— Porque pienso que tu hija y tu yerno nos buscan; no nos encontrarán, de seguro, en este escondite.

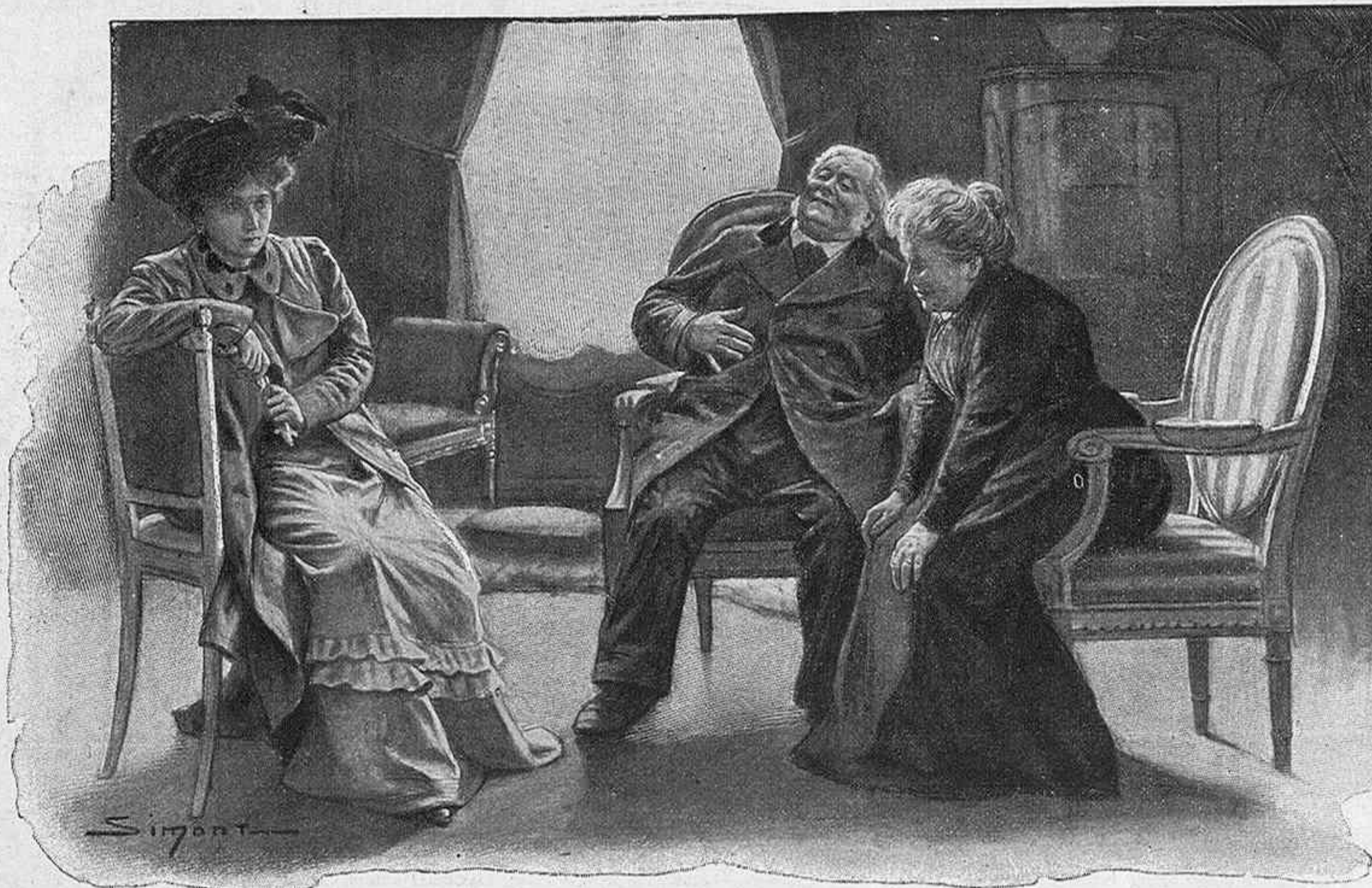
— No creo que nos busquen. Deben tener otra cosa en qué pensar. No les hacemos ninguna falta.

— Ninguna... Pero dices eso con melancolía. ¿Es que sientes haber subido?

de seda nuevos y flamantes y con los pies colgando como si no se atrevieran á ponerlos en la blanda felpa de las alfombras, vieron entrar á su hija en el salón apenas puesto en orden.

— Y bien, dijo la elegante dama después de los besos de costumbre; y bien, vuestro baile ha tenido un éxito enorme. Todos los periódicos del gran

sala de juego. Cuando, ya muy cansados, quisimos retirarnos, ya os habíais metido, sin duda, en vuestro cuarto. Os vi muy poco, en suma, pero lo bastante, sin embargo, para juzgar que el sastre de mi marido había transformado á papá y que el modisto había rejuvenecido á mamá lo menos en treinta años...



¿Os burláis de mí porque os felicito?

— ¡Dios mío! No; lo que me entristece es la idea de volver á bajar.

— No tenemos prisa ninguna.

— Afortunadamente; pero tarde ó temprano, dentro de unas horas, cuando se marche toda esa gente, habrá que dejar todas estas cosas viejas que nos rejuvenecen para volver á las cosas nuevas que tan viejos nos hacen.

— ¡Ah, sí, es triste!, suspiró el buen anciano. Sin contar con que en nuestra gran casa nos vamos á ahogar todo el resto de la noche. Aquello debe apestar á cocina, á perfumes, á flores ajadas y á restos de comida. ¡Y qué polvo, qué desorden debe de haber allí!

— Es un suplicio tener que dormir en semejante casa.

— Oye, dijo el vejete irguiendo el cuerpo y mirando con malicia, ¿quieres que, para acabar nuestra escapatoria, no bajemos y nos acostemos aquí?

— ¡Ay! Amigo mío, si no es posible, ¿para qué hacerme entrar en tentación?

— Sí que es posible. En el armario hay dos sábanas y una funda de almohada. El colchón, las mantas y el edredón están en su sitio. Y entre los dos ya recordaremos cómo se hace una cama.

— Si no es más que eso, yo me encargo de hacerla sola.

— ¡Ah, viejecita mía!, dijo el anciano en tono arrullador; me parece que tenemos veinte años, que acabamos de casarnos y que nos encontramos los dos en un cuartito de una posada de aldea en una noche de primavera...

— ¡Adiós! Creo que estás un poco alegre, viejo mío, y que vas á decir tonterías.

— ¡Vamos! Da un beso á tu viejo, abuela, dale un beso muy apretado y muy franco, como querías dárselo abajo, cuando tu yerno, tu hija y los criados están vigilándonos para burlarse de nosotros... ¿Qué nos importa aquí ser ridículos? Nadie nos ve. ¡Si nuestras caras han envejecido, el corazón no tiene arrugas!

Y la viejecita, devolviéndole el beso, murmuró con voz dulcemente conmovida:

— Tienes razón, Esteban; el amor es como las rosas: siempre huele bien, aunque esté marchito...

V

Al día siguiente, á eso de las cinco de la tarde, los dos viejos, sentados en el borde de sus sillones

mundo hablan de él y no se cansan de elogiarlos. Después de esto, supongo que estaréis convertidos para siempre al mundo elegante.

— Sí, sí, dijo la viejecita sonriendo maliciosamente á su marido; nuestro baile ha tenido algo bueno; convengo en ello.

— Mucho bueno, apoyó el viejo con un guiño significativo. Por nuestra parte, nos hemos divertido anoche lindamente.

— ¡Oh! Sí, muy lindamente, confirmó la anciana.

— ¿Lo veis?, exclamó la joven, un poco sorprendida por aquel entusiasmo. La cosa no os ha incomodado tanto como creíais.

— Al contrario, dijo Peroux, nos ha gustado por completo.

— Entonces habrá que dar otro baile el mes que viene.

— ¡Oh! El mes que viene es demasiado pronto, hija mía.

— No, no; no es demasiado pronto, dijo valientemente el viejo. Me siento dispuesto á volver á las andadas para complacer á mi hija.

— ¡Vamos! Veo que le habéis tomado el gusto, hizo constar la joven, dirigiendo al uno y al otro miradas de extrañeza por su cara regocijada. La verdad es que todo ha estado bien.

— Sí, muy bien.

— No ha podido estar mejor.

Después de un corto silencio, el viejo continuó hablando con su hija:

— Tu madre y yo no somos difíciles de contentar; pero tú, que entiendes estas cosas mejor que nosotros, quisiera que me dijeras si realmente no ha faltado nada en nuestra fiesta.

— Absolutamente nada, dijo la joven con convicción; todo ha estado muy bien. Cuando llegué tuve que corregir en la sala de fumar algunos detalles, pero insignificantes. Ya sabía yo que no os vería al entrar en los salones, pues era de suponer que tantos preparativos os habrían retardado y estaríais vistiéndoos. Me disponía á ir á buscar á mamá á sus habitaciones, cuando llegaron los primeros invitados. Os excusé como pude y llegó tanta gente en seguida, que tuve que quedarme para atender á todo el mundo. Preludió la orquesta, me rodearon treinta aspirantes solicitando que les concediera un baile, y en cuanto empecé á bailar, ya no lo dejé. Aquello fué un vértigo, un torbellino hasta el alba. Mi marido no pudo separarse ni un momento de la

La joven se calló, ligeramente descontenta al ver los guiños que los viejos se dirigían.

— ¿Pero qué os pasa?, preguntó. ¿Qué veis en mí tan ridículo que os hace reír? ¿Os burláis de mí porque os felicito?

— ¡Vaya! No te amosques tan pronto, dijo en tono conciliador su madre. Agradecemos mucho, por el contrario, los cumplimientos que nos dices. Nos reímos porque no creemos haberlos merecido.

— ¡Oh! Sí, respondió la hija, no hago más que repetir lo que todo el mundo decía á mi alrededor: «¡Qué bien lleva el frac su papá de usted, y qué aire tan serio y tan inteligente tienen!... ¡Y su mamá está guapísima todavía con su delicioso vestido verde claro!»

— Es lo más gracioso del mundo, exclamó la anciana, que no cabía en sí de júbilo.

— ¡Eso sí que tiene gracia!, dijo el viejo Peroux dándose golpes en las piernas.

— Pero ¿qué os sucede?, preguntó la joven señora, que empezaba á impacientarse. ¡Qué extraños estáis los dos!

— Tú sí que estás graciosa, dijeron ambos á un tiempo.

Y el viejo continuó:

— ¿Conque te pareció que el frac me estaba bien?..

— Sí; perfectamente bien.

— ¿Y que el vestido verde claro de tu madre?..

— Le sentaba á las mil maravillas.

— Eso sí que es gordo, ¿eh, vieja?

— Es el colmo, Esteban.

Y tantos esfuerzos hacían para estar serios, que la hija acabó por enfadarse.

— Me estáis ya fastidiando, dijo. Si es para burlaros de mí para lo que me hacéis contaros lo que ya sabéis...

— No sabemos ni jota, confesó imperturbablemente el bueno de Peroux.

— ¡Iréis á sostenerme que no sabéis lo que ha pasado en vuestro baile?

— Lo ignoramos por completo.

— ¿Cómo es eso? ¿Por qué?

— ¿Por qué?.. ¡Porque no estuvimos en él!..

Y ante la cara asombrada de su hija, los dos viejos no pudieron contenerse, y con el pañuelo en la boca, prorrumpieron juntos en una ruidosa carcajada.

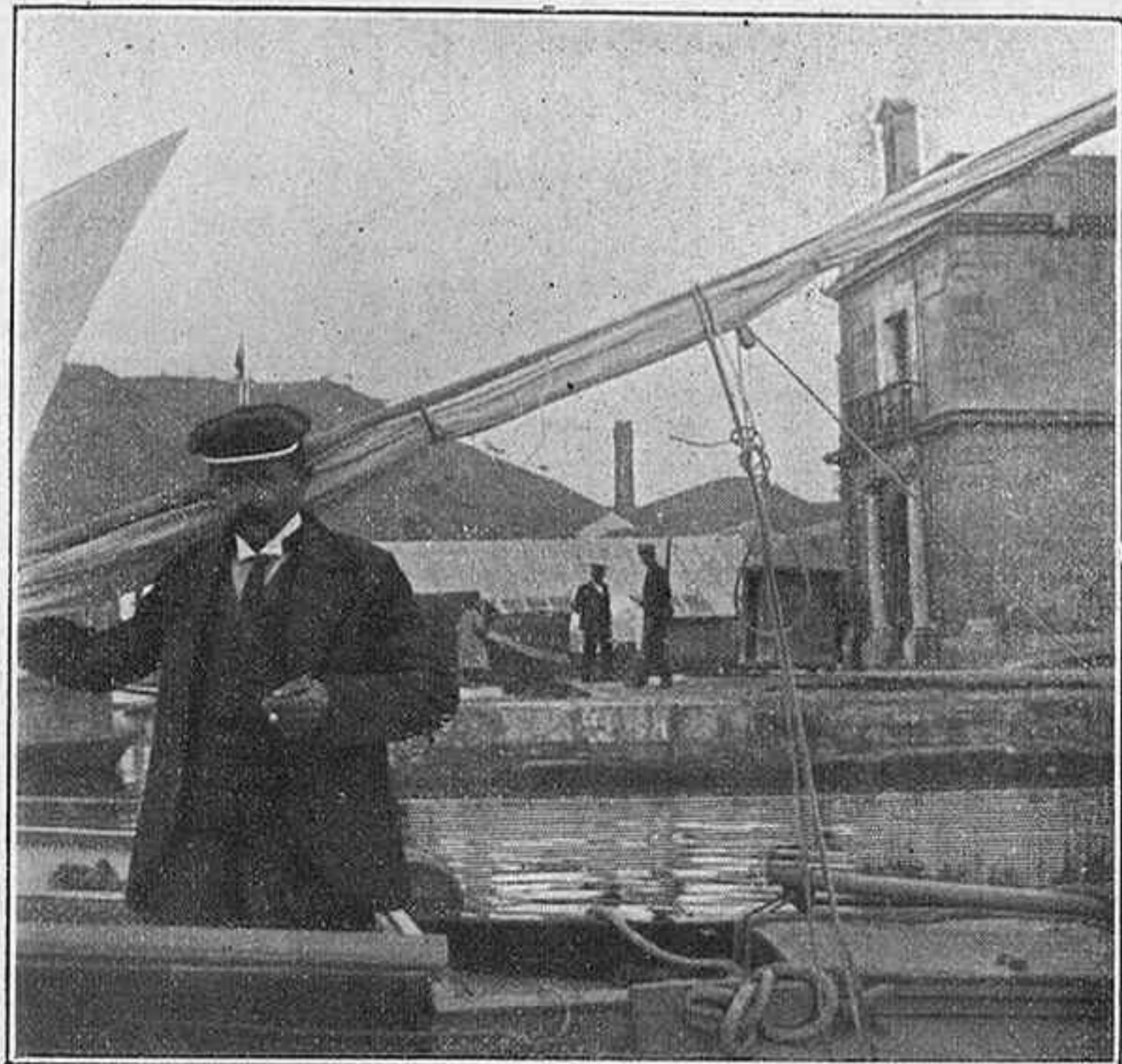
TRADUCCIÓN DE F. SARMIENTO.

EL ATLANTICO EN UN BOTE

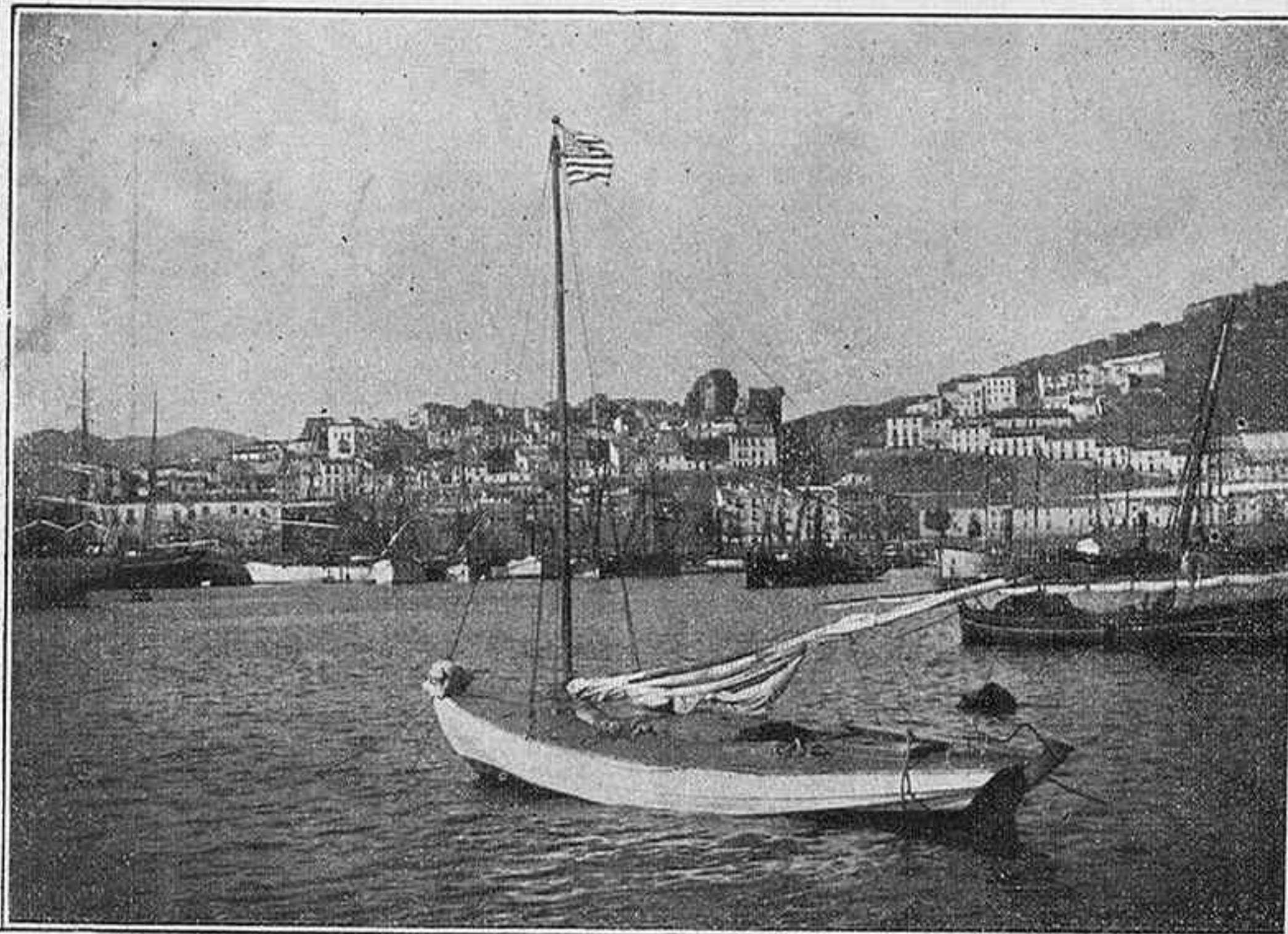
Dentro de breves días llegará á Barcelona el intrépido capitán Ludwig Eisenbraun, que ha hecho

Elba á Hamburgo, marchando luego á Londres, desde donde regresará á los Estados Unidos, teniendo el propósito de exhibirse con su bote en la exposición de San Luis.

El *Columbia II*, cuya fotografía, enviada por D. Guillermo Rittwagen, de Málaga, reproducimos adjunta, no tiene más departamento que uno minúsculo que ocupa todo el buque, y el cual, aunque



M. LUIS EISENBRAUN EN SU DORY «COLUMBIA II»



EL DORY «COLUMBIA II» EN EL PUERTO DE MÁLAGA

la travesía del Atlántico á bordo de una pequeña embarcación que desplaza tan sólo tres cuartos de tonelada y cuyo nombre es *Columbia II*.

Después de una infructuosa tentativa hecha meses antes, Eisenbraun salió de Boston en agosto para Europa, llegando á Madera después de 56 días de navegación y pasando luego á Gibraltar y Málaga. Actualmente navega con rumbo á Valencia y probablemente dentro de poco tendremos el gusto de saludar y admirar al valeroso capitán Eisenbraun, que de Barcelona irá á Marsella, atravesará Francia, aprovechándose de los canales que unen los ríos Ródano y Sena, pasando luego por los Rhin y

Hasta llegar á Gibraltar tuvo que luchar con multitud de penalidades, teniendo la desgracia de sufrir grandes averías, le arrebataron multitud de objetos útiles, los cuales ha repuesto en Gibraltar y Málaga.

Los buques que en su ruta encontró fueron los que le socorrieron; pues si no, Eisenbraun hubiese fallecido de necesidad.

En la travesía de Boston á Málaga, contando los pocos días que ha permanecido en puertos, ha invertido 110 días, habiendo recorrido durante ellos la friolera de 6.000 kilómetros.

reducidísimo, sirve de dormitorio, almacén, etc., á Eisenbraun. Está aparejado en balandra y tiene además foque.

El *Columbia II* perteneció á un portugués que también había intentado la misma empresa que Eisenbraun, y fué construído expresamente por una casa de Massachusets por 500 dólares. Al comprarlo su nuevo propietario sólo pagó 150, pues el portugués se cansó de la empresa.

Deseamos llegue á nuestro puerto felizmente el *Columbia II* para que podamos admirar á la vez á su propietario, capitán, piloto, pasajero y único tripulante.

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos*, de los *Reumatismos, Dolores, Lumbagos*, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris. **Exigir la Firma WLINSI.**
DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Selne.

REMEDIO DE ABISINIA EXIBARD
En Polvos, Cigarillos, Hojas para fumar
SOBERANO contra **ASMA**
CATARRO, OPRESIÓN y todas *Afecciones Espasmódicas de las Vías Respiratorias.*
30 AÑOS DE BUEN EXITO MEDALLAS ORO y PLATA.
PARIS, 102, Rue Richelieu. — Todas Farmacias.

MARCA DE FABRICA REGISTRADA.

Las Personas que conocen las **PILDORAS DEL DOCTOR DEHAUT DE PARIS**
no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

COLORES PÁLIDOS AGOTAMIENTO GRAJEAS Y ELIXIR RABUTEAU
El mejor y más económico Ferruginoso.
CLIN Y COMAR, PARIS. — En todas las Farmacias. 654

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE
Curada por el Verdadero Hierro Quevenne. Único aprobado por la Academia de Medicina de Paris. — 50 Años de éxito.

CURACIÓN cierta de la Clorosis, Anemia profunda, Menstruaciones dolorosas, Calenturas de las Colonias, Malaria, con el *Vino Aroud (Carne-Quina-Hierro)* el mas reconstituyente prescrito por los médicos. Millares de atestaciones cada año. Todas Farmacias.

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero) Para los brazos, empleese el *PILVORE DUSSEY*, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.



La Virgen y el Niño de la Granada
cuadros de Alejandro Filipepi (Botticelli), existentes en el Real Museo de los Oficios de Florencia

PAPEL ANTI-ASMATICOS BARRAL
CIGARROS
PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES
EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BU BARRAL
disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos
DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FOMBOLE-ALDESPEYRES
78, Faub. Saint-Denis
PARIS
y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTITION
FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE O HACE DESAPARECER
Los SÚFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTITION.
EXÁJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS
Y LA MARCA DEL BARRIL DEL DR. DE LABARRE

ENFERMEDADES de la PIEL
Vicios de la Sangre, Herpes, Acne, etc.,
se curan con el Rob Boyveau-Laffec-
teur célebre depurativo vegetal pres-
crito por todos los medicos. Para
evitar las falsificaciones ineficaces,
exigir el ígitimo. Todas Farmacias.

Reumáticos y Gotosos!
Tratado curaros con la Legítima
PISTOIA
PLANCHE
(DOS SIGLOS DE ÉXITO)
No contiene ni Colchico,
ni sustancia venenosa.
CURA la GOTA
el Reumatismo, el Artritisimo,
la Diabetes, las Enfermedades
del Hígado y de los Riñones.
Fca. **PLANCHE**
en Marsella (Francia).
En todas las Farmacias bien surtidas.

AVISO A LAS SEÑORAS
EL ANJOL DE LOS DRES
JORET HOMOLLE
CURA
LOS DOLORES, RETARDOS,
SUPPRESSIONES DE LOS
MENSTRUOS
T^{ra} G. SEGUIN - PARIS
165, Rue St-Honoré, 165
Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

HARINA LACTEADA.
Alimento completo
NESTLE para
NIÑOS y ANCIANOS.
Contiene la Leche pura de Suiza.

PUREZA DEL CUTIS
— LAIT ANTÉPÉLIQUE —
LA LECHE ANTEFÉLICA
ó Leche Candès
pura ó mezclada con agua, disipa
PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
ARRUGAS PRECOCES
EFLORESCENCIAS
ROJECES.
Pone y conserva el cutis limpio y tierno.
CANDÈS et C^{ie} en Paris

PILDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exijase el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.
PILDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exijase el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.
PILDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exijase el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

AGUA LECHELLE
HEMOSTÁTICA
Se recêta contra los *Flujos*, la
Glorosis, la *Anemia*; el *Apoca-*
miento, las *Enfermedades* del
pecho y de los *Intestinos*, los
Espustos de sangre, los *Gatarros*, la *Disenteria*, etc. Da nueva vida
à la sangre y entona todos los órganos.
PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

GARGANTA
VOZ y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN
Recomendadas contra los Males de la Garganta,
Extinciones de la Voz, Inflammaciones de la
Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Iri-
tacion que produce el Tabaco, y especialmente
à los Srs PREDICADORES, ABOGADOS,
PROFESORES y CANTORES para facilitar la
emision de la voz. — Precio: 12 REALES.
Exigir en el rotulo a firma
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

ENFERMEDADES
ESTOMAGO
PASTILLAS y POLVOS
PATERSON
en BISMUTHO y MAGNESIA
Recomendados contra las Afecciones del Estó-
mago, Falta de Apetito, Digestiones labo-
riosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos;
regularizan las Funciones del Estómago y
de los Intestinos.
Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD.
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS